

**Audiolibro Una P Gina De Amor Mile**  
**Zola Tercera Parte**

**Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu). These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.**

**Contacto [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!**

Texto enviado por - **Tom Freeman** (*South Windsor*) - - - - TERCERA PARTE. Capítulo Primero. Una mañana de mayo, Rosalía salió corriendo de su cocina, sin soltar siquiera la rodilla que tenía en la mano, y, con su familiaridad de sirvienta consentida, dijo: — ¡Venga cuanto antes, señora!... El señor cura, que está abajo en el jardín del doctor, no hace más que remover la tierra. Elena no se movió; pero Juana se había lanzado ya, para ver. A su regreso exclamó: — ¡Si será tonta Rosalía! No remueve la tierra ni mucho menos. Está con el jardinero, que va colocando plantas en un carrito... La señora Deberle está cortando todas sus rosas. —Deben de ser para la iglesia —dijo tranquilamente Elena, absorta en su labor de tapicería. Algunos minutos más tarde, sonó la campanilla y apareció el reverendo Jouve. Venía a anunciarles que no contasen con él el próximo martes. Sus tardes estarían ocupadas con las ceremonias del mes de María. El párroco le había encargado del adorno de la iglesia. Sería algo soberbio. Todas las señoras le daban flores. Estaba esperando dos palmeras de cuatro metros para colocarlas a derecha e izquierda del altar. — ¡Oh mamá... mamá! —murmuró Juana, que escuchaba maravillada. —Pues bien, amigo mío —dijo Elena sonriendo—, puesto que usted no va a poder venir, seremos nosotras quienes iremos a visitarle... Le ha trastornado usted los sesos a Juana con eso de las flores. No es que fuera muy devota; no iba siquiera a misa, con el pretexto de la salud de su hija, que siempre salía de las iglesias con escalofríos. El viejo sacerdote evitaba hablarle de religión. Decía simplemente, con una tolerancia llena de bondad, que las almas buenas se salvan solas gracias a su prudencia y su caridad. Algún día, Dios llegaría a su corazón. Hasta el día siguiente por la tarde, Juana no pensó en otra cosa que en el mes de María. Hacía preguntas a su madre, imaginaba la iglesia llena de rosas blancas, con millares de cirios, voces celestiales y olores suaves. Quería estar muy cerca del altar, ver el vestido de encaje de la Virgen, un vestido que, según decía el abate, valía una fortuna. Pero Elena la calmaba, amenazándola con no llevarla si ya se ponía enferma antes. Por fin, por la noche, salieron después de cenar. Las noches eran todavía frescas. Al llegar a la calle de la Anunciación, donde se encuentra Nuestra Señora de la Gracia, la niña tiritaba. —La iglesia tiene calefacción —dijo la madre—. Nos pondremos cerca de una boca de aire caliente. En cuanto hubo empujado la puerta acolchada, que volvió a cerrarse suavemente, les envolvió una atmósfera tibia, en tanto que estallaban los cánticos y una gran claridad. La ceremonia había empezado. Elena, viendo que la nave central estaba ya llena, intentó seguir por uno de los laterales. Pero le costó Dios y ayuda acercarse al altar. Llevaba a Juana de la mano y avanzaba pacientemente; luego, renunciando a ir más lejos, cogió las dos primeras sillas libres que se le presentaron. Una columna les ocultaba la mitad del coro. —No veo nada, mamá —murmuró la pequeña, fastidiada—. Estamos muy mal. Elena la hizo callar. Entonces la niña se enfurruñó. Ante ella sólo veía la enorme espalda de una señora vieja. Cuando su madre se volvió, la encontró de pie encima de la silla. — ¿Quieres bajarte? —dijo ahogando la voz—. Eres insoportable. Pero Juana se obstinaba. —Oye, mamá; es la señora Deberle... Está allí, en el centro. Nos hace señas. Una viva contrariedad dio lugar en Elena a un movimiento de impaciencia. Zarandéo a la pequeña, que se negaba a sentarse. Después del baile, durante tres días, había evitado volver a casa del doctor pretextando mil ocupaciones. —Mamá —prosiguió Juana con la obstinación de los chiquillos—, te está mirando y te da los buenos días. Entonces Elena no tuvo más remedio que volverse y saludar. Las dos mujeres cambiaron una inclinación de cabeza. La señora Deberle, con un traje de seda de mil rayas, adornado de encajes blancos, ocupaba el centro de la nave, a dos pasos del coro, muy lozana y llamativa. La acompañaba su hermana Paulina, que se puso a gesticular vivamente con la mano. Seguían los cánticos y la voz anchurosa de la multitud rodaba por una escala descendente, mientras que las notas sobreagudas de los chiquillos salpicaban aquí y allá el ritmo monótono y cadencioso del cántico. —Te dicen que vayamos, ¿no lo ves? —siguió Juana victoriosa. —Es inútil. Aquí estamos perfectamente. — ¡Oh mamá!... Vayamos a encontrarlas... Tienen dos sillas. —No, bájate y siéntate de una vez. No obstante, como aquellas señoras insistían con sus sonrisas,

sin preocuparse en absoluto del ligero escándalo que provocaban, antes al contrario, satisfechas al ver que la gente se volvía a miraras, Elena tuvo que ceder. Empujó a Juana, encantada, y trató de abrirse paso con manos temblorosas por la indignación contenida. No era tarea fácil. Las beatas no querían molestar y la miraban de arriba abajo furiosas, con la boca abierta, sin dejar de cantar. Manióbró así durante cinco largos minutos en medio de una tempestad de voces que cada vez resonaba más fuerte. Cuando no podía pasar, Juana miraba todas estas bocas vacías y negras y se apretaba contra su madre. Por fin alcanzaron el espacio dejado libre ante el coro y no tuvieron que dar más que algunos pasos. —Vengan ya —murmuró la señora Deberle—. El señor cura me dijo que vendrían ustedes y les he guardado dos sillas. Elena dio las gracias, hojeando en seguida su libro de devociones, para cortar, cuanto antes, la conversación. Pero Julieta proseguía con sus maneras mundanas; estaba allí a sus anchas, tan encantadora y charlatana como en su salón. De modo que, inclinándose hacia ella, prosiguió: —Ya no se la ve a usted nunca. Mañana hubiese ido a su casa... Espero que no se habrá puesto usted enferma... —No, gracias... He tenido que hacer muchas cosas... —Oiga: mañana tienen ustedes que venir a cenar... En familia, solamente nosotras. —Es usted demasiado amable. Ya veremos. Pareció recogerse y seguir los cánticos, decidida a no seguir contestando. Paulina había cogido a Juana a su lado para que compartiera con ella una boca de aire caliente sobre la que se estaba cociendo lentamente, con una satisfacción beatífica de friolera. Las dos, envueltas por el aire tibio que subía, se empinaban curiosas, examinándolo todo: el techo bajo, dividido en artonados de ebanistería, las columnas achatadas, unidas por cimbras de las que pendían las lámparas, el pulpito de roble esculpido; y, por encima de las cabezas ondulantes que la ola del cántico agitaba, sus miradas alcanzaban los sombríos rincones de las naves laterales, hasta las perdidas capillas donde relucía el oro y hasta el baptisterio que cerraba una verja, cerca de la puerta principal. Pero volvían siempre al resplandor del coro, pintado de vivos colores y centelleante de dorados. Una araña de cristal llameante descendía de la bóveda; inmensos candelabros alineaban filas de cirios que salpicaban con una lluvia de estrellas simétricas el fondo en tinieblas de la iglesia, haciendo destacar, con su luz, el altar mayor, semejante a un gran ramillete de follaje y de flores. En lo alto, en una gavilla de rosas, una Virgen, vestida de satén y de encaje y coronada de perlas, tenía sobre su brazo un Niño Jesús de larga túnica. —Oye: ¿tienes calor? —preguntó Paulina—. Se está estupendamente. Pero Juana, en éxtasis, contemplaba a la Virgen en medio de las flores. Sintió un estremecimiento; temió dejar de ser sensata y bajó los ojos tratando de interesarse por el embaldosado blanco y negro, para no echarse a llorar. Las frágiles voces de los monaguillos hacían vibrar como leves soplos sus cabellos. Entretanto, Elena, sin levantar la vista de su devocionario, se apartaba cada vez que sentía el roce de los encajes de Julieta. No estaba preparada para este encuentro. Pese al juramento que se había impuesto de amar a Enrique santamente, sin pertenecerle jamás, sentía: un malestar pensando que traicionaba a aquella mujer, tan confiada y tan satisfecha a su lado. Sólo tenía una idea: jamás iría a aquella cena, y buscaba cómo podría romper poco a poco aquellas relaciones que herían su lealtad. Pero las voces solemnes de los chantres, a pocos pasos de ella, no la dejaban reflexionar. No encontraba nada y se dejaba mecer por el cántico, sintiendo un bienestar devoto que hasta entonces jamás había sentido en una iglesia. —¿Le han contado la historia de la señora Charmette? —preguntó Julieta, cediendo de nuevo a su comezón por hablar. —No, no sé nada. —Pues bien, imagínese... ¿Ha visto usted a su hija mayor, tan alta para sus quince años? Se trata de casarla el año próximo, y con ese morenito que siempre está metido en las faldas de su madre... Y se habla y se habla... —¡Ah! —dijo Elena, que no escuchaba. La señora Deberle dio otros detalles. Pero de pronto cesaron los cánticos, los órganos gimieron y se pararon. Entonces se calló, sorprendida por el estallido de su voz, en medio del silencio recogido que se estaba haciendo. Un sacerdote acababa de aparecer en el pulpito. Hubo como un estremecimiento y luego habló. No, seguro, Elena no iría jamás a esa cena. Con los ojos fijos en el sacerdote, se imaginaba esa primera entrevista con Enrique, que estaba temiendo desde hacía tres días; le veía pálido de cólera, reprochándole que se hubiese encerrado en casa; y tenía no saber demostrar la suficiente frialdad. En su imaginación el sacerdote había desaparecido y captaba solamente algunas frases, una voz penetrante caída de lo alto, que decía: —Fue un momento infame aquel en que la Virgen, inclinando la cabeza, respondió: «He aquí la esclava del Señor...» ¡Oh!, sería valiente; acababa de recobrar todo su juicio. Disfrutaría el placer de ser amada, pero jamás confesaría su amor, pues le parecía evidente que la paz tenía ese precio. ¡Y cuán profundamente le amaría sin decirlo, contentándose con una palabra de Enrique, con una mirada cambiada de vez en cuando, siempre que la casualidad los acercara! Era un sueño que la llenaba de una idea de eternidad. La iglesia, a su alrededor, le resultaba amiga y dulce. El sacerdote decía: —El ángel desapareció, María se extasió en la contemplación del divino misterio que se operaba en ella, inundada de luz y de amor... —Habla muy bien —murmuró la señora Deberle inclinándose—. Y es muy joven; apenas treinta años, ¿no le parece? La señora Deberle estaba conmovida. La religión le gustaba porque la consideraba como una emoción de buen gusto. Dar flores a las iglesias, tener pequeños asuntos con los sacerdotes, gente educada, discreta y de la cual emanaba un olor

agradable; ir lujosamente ataviada a la iglesia, donde parecía que otorgase una protección mundana al Dios de los pobres, le procuraba satisfacciones particulares, tanto más cuanto que su marido no practicaba, de modo que sus devociones adquirirían el sabor de la fruta prohibida. Elena la miró y le contestó tan sólo con una inclinación de cabeza. Las dos ponían cara de éxtasis y sonreían. Se produjo un gran ruido de sillas y de pañuelos; el sacerdote acababa de dejar el púlpito lanzando este último grito: — ¡Oh, ensanchad vuestro amor, piadosas almas cristianas! Dios se ha entregado a vosotros, vuestro corazón está lleno de su presencia, vuestra alma está colmada por sus favores. El órgano resonó en seguida. Las letanías de la Virgen desgranaron sus súplicas de ardiente ternura. De las naves laterales, de entre la sombra perdida de las capillas, se elevaba un cántico lejano y sordo, como si la tierra respondiera a las voces angélicas de la escolanía. Un hálito pasaba por encima de las cabezas, alargando las llamas erectas de los cirios, mientras que, en su gran ramillete de rosas, en medio de las flores que iban marchitándose exhalando su último perfume, la divina Madre parecía inclinar la cabeza para sonreír a su Jesús. Elena se volvió de pronto, acometida por una inquietud instintiva: — ¿No te sientes enferma, Juana? —preguntó. La niña, muy pálida, con los ojos húmedos, como traspuesta por el torrente de amor de las letanías, contemplaba el altar, viendo cómo las rosas se multiplicaban y caían como una lluvia. Murmuró: — ¡Oh no, mamá!... Te aseguro que estoy contenta, muy contenta... —Luego preguntó—: ¿Dónde está nuestro buen amigo? Se refería al abate. Paulina le distinguió: estaba en un sitio del coro. Pero hubo que aunar a Juana. — ¡Ah!, ya le veo. Nos está mirando y pone menuditos sus ojos. Según Juana, el sacerdote, «ponía menuditos sus ojos» cuando se reía por dentro. Elena le hizo entonces un gesto amistoso con la cabeza. Fue para ella como una certeza de paz, un último motivo de serenidad que hacía de la iglesia un lugar querido y la adormecía en una felicidad llena de tolerancia. Los incensarios se balanceaban delante del altar, ligeras humaredas se elevaban; se celebró la bendición, y una custodia, como un sol, se levantó lentamente por encima de las frentes abatidas hacia el suelo. Elena seguía prosternada en una especie de feliz embotamiento. — Vámonos, que ya se acabó. Un remover de sillas y un arrastrar de pies retumbaba bajo la bóveda. Paulina había cogido a Juana de la mano. Mientras iba delante con la niña, le preguntó: — ¿No has ido jamás al teatro? —No. ¿Es que es todavía más bonito? La pequeña, con el corazón henchido de suspiros, inclinaba la barbilla como para declarar que no era posible que hubiese nada más bello. Pero Paulina no contestó; acababa de detenerse ante un sacerdote con sobrepelliz que pasaba, y, cuando estuvo a pocos pasos: — ¡Oh! ¡Qué hermosa cabeza! —dijo en voz alta y con tanta convicción, que hizo que dos devotas se volvieran a mirarla. Entretanto, Elena se había incorporado. Estaba de pie, junto a Julieta, sin poder dar un paso, en medio de la multitud que se disolvía con dificultad. Llena de ternura, como fatigada y sin fuerzas, no experimentaba la menor turbación sintiéndola junto a ella. Por un momento, sus desnudas muñecas, se rozaron, y las dos mujeres sonrieron. Se ahogaban. Elena quiso que Julieta pasase la primera, para protegerla. Parecía haber recobrado toda su intimidad. — ¿Estamos de acuerdo, verdad? —preguntó la señora Deberle—. Contamos con usted mañana por la noche. Elena ya no tuvo fuerza de voluntad para decir que no. Ya veía en la calle. Por fin, salieron entre las últimas. Paulina y Juana las esperaban en la acera de enfrente. Pero una voz llorosa las detuvo: — ¡Ah, mi buena señora! ¡Cuánto tiempo hacía que no tenía la suerte de verla! Era la tía Fétu. Estaba mendigando en la puerta de la iglesia. Cortando el paso a Elena como si la hubiese estado esperando, prosiguió—: ¡Ah!, he estado muy enferma, siempre ahí, en el vientre, ¿sabe Usted?... Ahora es casi como si me golpearan con un martillo... Y sin un céntimo, mi querida señora... No me atrevía a hacer que se lo dijeran... ¡Que Dios se lo pague! Elena acababa de deslizarle una moneda en su mano, prometiéndole que se ocuparía de ella. — ¡Vaya! —dijo la señora Deberle, que había permanecido de pie en el pórtico—, alguien está hablando con Paulina y Juana... ¡Pero si es Enrique! —Sí, sí— repuso la tía Fétu, que paseaba sus maliciosas miradas sobre las dos damas—, es un buen doctor... Le estuve viendo durante toda la ceremonia; no ha salido de la acera; seguro que las aguardaba... ¡Este sí que es un santo! Lo digo porque es verdad, ante Dios que nos está escuchando... ¡Oh!, ya la conozco a usted, señora: tiene usted un marido que se merece ser feliz... Que el cielo les conceda todos sus deseos, todas las bendiciones caigan sobre ustedes... En nombre del Padre, Hijo y del Espíritu Santo. Así sea. En los mil surcos de su rostro, arrugado como una vieja manzana, pequeños ojos sin parar, inquietos y maliciosos, yendo de Julieta a Elena, sin que se pudiera adivinar claramente a cuál de las dos se dirigía al hablar del buen doctor. Las acompañó con un murmullo continuo en el que se mezclaban trozos de frases lacrimosas con exclamaciones devotas. A Elena la sorprendió y emocionó la reserva de Enrique. Apenas se atrevió a levantar los ojos para mirarla. Habiéndole gastado una broma a su esposa a propósito de sus opiniones, que le impedían entrar en la iglesia, él explicó sencillamente que había venido al encuentro de las señoras fumando un cigarro; pero Elena comprendió que había querido verla de nuevo para demostrarle cuán equivocada estaba al temer una nueva actitud violenta de su parte. Sin duda, él, igual que ella, se había jurado comportarse razonablemente. No pensó siquiera si podía ser sincero consigo mismo, pues le hacía demasiado desgraciada el saberlo desgraciado. De manera que, al

dejar a los Deberle en la calle de Vineuse, dijo alegremente: —Bueno, estamos de acuerdo; hasta mañana a las siete. Entonces sus relaciones se reanudaron más íntimamente todavía y comenzó una vida encantadora. Para Elena, era como si Enrique jamás hubiese cedido a un momento de locura; era lo que ella había soñado: se amaban, pero no se lo decían, les bastaba saberlo. Horas deliciosas durante las cuales, sin nombrar su ternura, hablaban continuamente de ella con un gesto, una inflexión de voz, incluso con un silencio. Todo los hacía volver a ese amor, todo los sumergía en esa pasión que llevaban consigo, a su alrededor, como el único aire en el que pudiesen vivir. Y tenían la excusa de su lealtad; representaban con total honradez esa comedia de su corazón, puesto que no se permitían ni estrecharse la mano, lo que daba una voluptuosidad sin par al simple buenos días con que se acogían. Las señoras decidieron ir todas las noches a la iglesia... La señora Deberle, encantada, encontraba en ello un nuevo placer que la cambiaba un poco de sus tardes de sarao, de conciertos y estrenos; adoraba las emociones nuevas y sólo se le veía rodeada de monjas y sacerdotes. La base religiosa que conservaba del pensionado se subió a su cabecita de chorlito y se tradujo en pequeñas prácticas que la divertían, como si recordara los juegos de la infancia. Elena, formada al margen de toda educación piadosa, se abandonaba al encanto de los ejercicios del mes de María, feliz del placer que parecía proporcionar a Juana. Cenaban más pronto, daban prisas a Rosalía para no llegar tarde y no encontrarse mal situadas. Luego, al pasar, recogían a Julieta. Un día se habían llevado a Luciano; pero se había portado tan mal, que desde entonces le dejaban siempre en casa. Nada más entrar en la tibia iglesia, tan resplandeciente de cirios, se tenía una sensación de bienestar, de apaciguamiento, que poco a poco, para Elena, se convirtió en algo necesario. Cuando había sentido dudas durante el día o una vaga inquietud le había embargado al pensar en Enrique, la iglesia, por la noche, la adormecía. Los cánticos se elevaban con el desbordamiento de las pasiones divinas. Bajo las bóvedas, el perfume de las flores recién cortadas hacía más pesado el aire denso ya. Respiraba, allí, la primera voluptuosidad de la primavera, la adoración de la mujer elevada al rango de un culto y se embriagaba en el misterio de amor y de pureza, frente a María, virgen y madre, coronada de rosas blancas. Cada día permanecía más tiempo de rodillas. Se sorprendía viéndose con las manos juntas. Luego, una vez terminada la ceremonia, seguía la delicia del regreso. Enrique esperaba en la puerta; las noches eran cada vez más tibias y se regresaba por las calles oscuras y silenciosas de Passy, cruzando contadas palabras. —Se está volviendo usted beata, querida —dijo una noche la señora Deberle con una sonrisa. Era verdad. Elena dejaba penetrar la devoción en su corazón abierto de par en par. Nunca hubiese creído que amar fuese tan bueno. Volvía allí como a un lugar de ternura donde le era permitido tener los ojos húmedos, permanecer sin pensar en nada, como absorta en una muda adoración. Cada noche, durante una hora, dejaba de defenderse; la floración del amor que llevaba en sí misma, que contenía durante todo el día, podía al fin subir hasta su pecho, extenderse en las oraciones, ante todos, en medio del estremecimiento religioso de la multitud. Las oraciones balbuceadas, las genuflexiones, las inclinaciones, esas palabras y esos gestos inconcretos repetidos sin cesar, la acunaban, le parecían el único lenguaje, siempre la misma pasión expresada por la misma palabra o el mismo gesto. Tenía necesidad de creer y se sentía arrobada en el amor divino. Julieta no le gastaba bromas únicamente a Elena, sino que pretendía que el mismo Enrique se estaba volviendo devoto. ¿Acaso no entraba ahora a esperarlas dentro de la Iglesia? ¡Un ateo, un pagano que declaraba que había buscado el alma con la punta de su escabelo sin lograr encontrarla! En cuanto le veía, más allá del pulpito, de pie tras una columna, Julieta le daba con el codo a Elena. —Mírele, ya está ahí... ¿Creerá usted que, cuando nos casamos, no quiso confesarse?... ¡No!, ¡si tiene una figura magnífica, y nos contempla con un gesto tan divertido! ¡Mírelo! Elena no levantaba la cabeza de inmediato. La ceremonia iba a terminar, humeaba el incienso y el órgano estallaba de alegría. Pero como su amiga no era capaz de dejarla tranquila, se veía forzada a responder: —Sí, sí, ya le veo — balbuceaba sin volver los ojos. Le había adivinado, por el hosanna que oía elevarse por toda la iglesia. Parecíale que el aliento de Enrique llegaba hasta su nuca llevado del ala de los cánticos y creía ver tras ella sus miradas que iluminaban la nave y la envolvían, de rodillas, en una nube de oro. Entonces, rezaba con tan gran fervor, que le faltaban las palabras. Él, muy formal, ponía la cara correcta de un marido que viene a buscar a las señoras a la casa de Dios como hubiese ido a esperarlas al salón de descanso de un teatro. Pero cuando estaban juntos, en medio del lento desfile de las devotas, ambos se sentían como más ligados, como unidos por aquellas flores y aquellos cánticos; y evitaban hablarse porque llevaban el corazón en los labios. Al cabo de quince días, la señora Deberle se cansó. Saltaba de un entusiasmo a otro, agitada por la urgencia de hacer como todo el mundo. Ahora se entregaba a las ventas de caridad, subía a sesenta pisos cada tarde en solicitud de lienzos de pintores conocidos y dedicaba sus veladas a presidir con una campanilla reuniones de damas dedicadas a obras filantrópicas. De modo que, un jueves por la noche, Elena y su hija se encontraron solas en la iglesia. Después del sermón, mientras los chantres atacaban el Magnificat, la joven, advertida por un impulso del corazón, volvió la cabeza: Enrique estaba allí, en el lugar de costumbre. Entonces permaneció con la frente baja hasta el final de la ceremonia, esperando el regreso. — ¡Ah, qué amable ha sido usted viniendo! —dijo Juana a la salida

con su franqueza de niña—. Habría tenido miedo por estas calles tan oscuras. Pero Enrique fingió sorpresa. Creía que encontraría a su esposa. Elena dejó que la pequeña respondiese y los seguía sin hablar. Cuando pasaban los tres bajo el pórtico, oyeron una voz plañidera: —Una limosna... Dios se la pague. Cada noche, dejaba en la mano de la tía Fétu una moneda de medio franco. Cuando ésta vio al doctor solo con Elena, meneó simplemente su cabeza con un gesto de complicidad, en lugar de prorrumpir, como de costumbre, en ruidosas expresiones de agradecimiento. Como la iglesia ya estaba vacía, se puso a seguirlos arrastrando los pies y mascullando oscuras palabras. En lugar de regresar por la calle de Passy, a veces, cuando la noche era agradable, las damas volvían por la de Raynouard, prolongando así el paseo de cinco o seis minutos. Aquella noche, Elena, tomó la calle Raynouard deseosa de sombra y silencio, cediendo al encanto de esta amplia calzada desierta que los faroles de gas iluminaban de trecho en trecho, sin que la sombra de ningún transeúnte se proyectara sobre el suelo. A aquella hora, en aquel barrio apartado, Passy dormía ya con la suave respiración de una ciudad provinciana. Junto a las aceras de ambos lados, se alineaban mansiones particulares, pensionados de señoritas, negros y adormecidos, casas de comida cuyas cocinas estaban todavía iluminadas. Ninguna tienda agujereaba la oscuridad con las luces de su escaparate y esta soledad daba una gran satisfacción a Elena y Enrique. Él no se había atrevido a ofrecerle el brazo y Juana caminaba entre ellos, en medio de la calzada enarenada como la avenida de un parque. Al terminar las casas, seguían unos muros por encima de los cuales colgaban mantos de clemátides y manojos de lilas en flor. Grandes jardines separaban las casas, una verja, por un momento, dejaba ver profundidades sombrías de verdor en las que el césped, de un verde más tierno, palidecía entre los árboles, mientras que, en unos jarrones que se adivinaban confusamente, ramilletes de lirios embalsamaban el aire. Los tres acortaban sus pasos, bajo la tibieza de esta noche primaveral que los bañaba en perfumes; y cuando Juana, en un juego de niños, se adelantaba con la cara levantada hacia el cielo, repetía: — ¡Oh mamá, mira cuántas estrellas! Pero tras ellos los pasos de la tía Fétu parecían el eco de los suyos. Se aproximaba; se oía el final de la frase latina: Ave Maria, gratia plena, repetido sin cesar con el mismo farfúlleo. La tía Fétu pasaba su rosario volviendo a su casa. —Me queda una moneda. ¿Y si se la diese? —preguntó Juana a su madre. Sin aguardar respuesta, se escapó, corrió hacia la vieja que iba a adentrarse por el pasaje des Eaux. La tía Fétu tomó la moneda invocando a todos los santos del paraíso. Pero al mismo tiempo había cogido la mano de la niña y, sin soltarla, con un cambio de voz, dijo: — ¿Es que está enferma la otra señora? —No —respondió Juana sorprendida. — ¡Ah, que el cielo la guarde!, ¡que llene de prosperidades a ella y a su marido!... No se me escape, mi buena señorita. Déjeme decir un avemaría a la intención de su mamá y usted contestará «Amén» conmigo... Su mamá se lo permite; ya la alcanzará. Entretanto, Elena y Enrique se habían quedado temblorosos al encontrarse solos de pronto, bajo la sombra de una fila de grandes castaños que bordeaban la calle. Dieron lentamente algunos pasos. Los castaños habían dejado caer al suelo una lluvia de sus pequeñas flores e iban caminando sobre la alfombra color de rosa. Luego se detuvieron, con el corazón demasiado lleno para ir más lejos. —Perdóneme —dijo sencillamente Enrique. —Sí, sí —balbuceó Elena—. Se lo ruego, cálese. Pero había sentido su mano, que rozaba la suya. Retrocedió. Afortunadamente, Juana volvía corriendo. — ¡Mamá, mamá! —gritó—. Me ha hecho rezar un avemaría para que te traiga suerte. Y los tres torcieron por la calle de Vineuse, mientras la tía Fétu descendía la escalera del pasaje de des Eaux, terminando su rosario. Transcurrió el mes. La señora Deberle dos o tres veces más fue a los ejercicios del mes de María. Un domingo, el último, Enrique se atrevió a esperar de nuevo a Elena y a Juana. El regreso fue delicioso. El mes había transcurrido con una suavidad extraordinaria. La pequeña iglesia parecía que hubiese estado allí para calmar y preparar su pasión. Elena, primero, se había tranquilizado, feliz con este refugio de la religión en el cual creía poder amar sin avergonzarse; pero en ella seguía produciéndose una sorda labor, y cuando despertaba de su modorra devota se sentía invadida, atada por unos lazos que le hubiesen arrancado la carne si hubiese intentado romperlos. Enrique permanecía respetuoso. ¿No obstante, ella veía como una llamarada subía de nuevo hasta su rostro. Temía cualquier impulso de loco deseo. Ella misma se daba miedo, trastornada por bruscos accesos de fiebre. Una tarde, a la vuelta de un paseo con Juana, cogió la calle de L'Annonciation y entró en la iglesia. La pequeña se quejaba de un gran cansancio. Hasta el último día no había querido confesar que la ceremonia de la noche la fatigaba, tan profunda era la satisfacción que encontraba en ella; pero sus mejillas se habían vuelto de una palidez de cera y el doctor aconsejaba que hiciera largas caminatas. —Ponte ahí —dijo su madre—. Descansarás... No nos quedaremos más que diez minutos. La había hecho sentar junto a una columna. Ella fue a arrodillarse unas sillas más lejos. Unos obreros, al fondo de la nave, desclavaban tapices, trasladaban los jarrones de flores, pues los ejercicios del mes de María habían terminado la víspera. Elena, con la cara entre las manos, no veía nada, no oía nada, preguntándose con ansiedad si debía confesar al reverendo Jouve la crisis terrible que estaba pasando. Le daría un consejo que tal vez le devolviera la tranquilidad perdida. Pero del fondo de su alma subía una alegría desbordante nacida de su misma angustia. Se complacía en su mal, temblaba pensando que el sacerdote pudiese curarla. Los diez minutos pasaron,

transcurrió una hora; se abismaba en la lucha de su corazón. Cuando, por fin, levantó la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas, vio al reverendo Jouve a su lado mirándola con gesto apesadumbrado. Era él quien dirigía a los obreros, y, al reconocer a Juana, acababa de acercarse. — ¿Qué le pasa a usted, hija mía? — preguntó a Elena, que se ponía de pie secándose las lágrimas. No supo qué responder, temiendo caer de nuevo de rodillas y estallar en sollozos. Él se acercó más y prosiguió en voz baja: — No quiero interrogarla, pero ¿por qué no se confía usted a mí, al sacerdote, no al amigo? — Más tarde — balbuceó ella —, más tarde, se lo prometo. Juana había esperado con paciencia al principio, entreteniéndose mirando las vidrieras, las estatuas de la puerta principal y las escenas del Viacrucis, representadas en pequeños bajorrelieves a lo largo de las naves laterales. Poco a poco el fresco de la iglesia había caído sobre ella como un sudario y, con ese cansancio que le impedía incluso pensar, sentía un malestar que procedía del silencio religioso de las capillas, de la prolongación sonora de los menores ruidos, de este lugar sagrado donde le parecía que iba a morir. Pero su mayor disgusto era ver que se llevaban las flores. A medida que los grandes ramos de rosas desaparecían, el altar aparecía frío y desnudo. Estos mármoles la helaban, sin un cirio, sin el humo del incienso. Por un momento, la Virgen, vestida de encajes, osciló, y luego cayó hacia atrás en los brazos de dos obreros. Entonces Juana lanzó un débil grito, abrió los brazos, se puso rígida, víctima de la crisis que la amenazaba desde hacía algunos días. Cuando Elena, enloquecida, pudo llevársela en un coche de punto, ayudada por el desconsolado sacerdote, se volvió hacia el pórtico con las manos extendidas y temblorosas. — ¡Es esta iglesia! ¡Esta iglesia! — repetía con una violencia en la que había la añoranza y el reproche de un mes de ternura devota que en ella había gozado. TERCERA PARTE. Capítulo Segundo. Por la noche, Juana estaba mejor. Pudo levantarse y, para tranquilizar a su madre, se empeñó en ir hasta el comedor, donde se sentó frente a su plato vacío. — No será nada — dijo tratando de sonreír —. Ya sabes que estoy hecha un cacharro..., Tú, come; quiero que comas. Y ella misma, viendo que su madre miraba cómo palidecía y temblaba sin poder tragar un bocado, acabó simulando un poco de apetito. Le prometía que iba a tomar un poco de mermelada. Entonces Elena se dio prisa, mientras que la niña, siempre sonriente, con un pequeño temblor nervioso de la cabeza, la contemplaba en actitud de adoración. Luego, a los postres, quiso mantener su promesa; pero las lágrimas aparecieron al borde de sus párpados. — Esto no pasa, ¿sabes? — murmuró —; no debes reñirme. Sentía una terrible fatiga que la aniquilaba. Le parecía que sus piernas estaban muertas y una mano de hierro le oprimía los hombros. Pero se hacía la valiente y se aguantaba los ligeros gritos que le arrancaban unos dolores lancinantes en el cuello. Por un momento se abandonó, con la cabeza demasiado pesada, encogiéndose bajo el dolor. Y su madre, viéndola tan delgada, tan débil y tan adorable, no pudo terminar la pera que se esforzaba en comer. Los sollozos la ahogaban; dejó caer su servilleta y vino a coger a Juana entre sus brazos. — Hija mía, hija mía... — balbuceaba con el corazón destrozado, viendo este comedor donde la pequeña tan a menudo la había divertido con su glotonería, cuando se encontraba bien. Juana se irguió, tratando de recobrar su sonrisa. — No te atormentes; de verdad que esto no será nada. Ahora que ya terminaste, vas a meterme de nuevo en la cama..., Quería verte sentada a la mesa porque, si no, ya te conozco, no hubieses tomado ni así de pan. Elena se la llevó. Acercó su camita junto a la suya en la misma habitación. Cuando Juana estuvo echada, arrojada hasta la barbilla, se encontró mucho mejor. Sólo se quejaba de unos dolores sordos detrás de la cabeza. Luego se enterneció; su apasionado afecto parecía aumentar cuando se sentía enferma. Elena tuvo que besarla jurándole que la quería mucho y prometiéndole que volvería a besarla cuando se acostara. — No importa si duermo — repetía Juana —. Yo te oigo de todos modos. Cerró los ojos y se durmió. Elena quedó junto a ella, contemplando su sueño. Cuando Rosalía vino de puntillas a preguntarle si podía retirarse, le contestó afirmativamente con un gesto de cabeza. Dieron las once y Elena seguía allí cuando creyó que llamaban ligeramente a la puerta de entrada. Tomó la lámpara y, con gran sorpresa, fue a abrir. — ¿Quién es? — Soy yo, abra — contestó una voz ahogada. Era la voz de Enrique. Abrió apresuradamente, pareciéndole natural esta visita. Sin duda el doctor acababa de enterarse de la crisis de Juana y acudía aun cuando ella no le hubiese hecho llamar, presa de cierto pudor de hacerle compartir sus preocupaciones por la salud de su hija. Pero Enrique no le dio tiempo de hablar; la siguió hasta el comedor temblando y con el rostro encendido. — Se lo ruego, perdóneme — balbuceó cogiéndole la mano —. Hace tres días que no la veo y no he podido resistir la necesidad de verla. Elena retiró la mano. Él retrocedió con los ojos fijos en ella, prosiguiendo: — No tema usted nada: la quiero... Me hubiese quedado en la puerta si no me hubiese abierto. ¡Oh!, ya sé que es una locura, pero, la amo, la amo... Ella le escuchaba muy grave, con una muda severidad que le torturaba. Ante esta acogida, se dejó llevar por el impulso de su pasión: — ¡Ah! ¿Por qué seguimos representando esta atroz comedia?... Yo no puedo más, mi corazón estallarí; haría una locura peor que la de esta noche; la cogería delante de todos y me la llevaría,... Un deseo desenfrenado le hacía tender los brazos. Se había acercado y besaba sus vestidos; y sus febriles manos se extraviaban. Ella, completamente rígida, permanecía helada. — Entonces, ¿no sabe usted nada? — preguntó. Y como él había cogido su muñeca desnuda bajo la manga abierta del peinador y la



cubría de ávidos besos, hizo al fin un gesto de impaciencia. — ¡Deje esto! ¿No se da usted cuenta de que ni siquiera le escucho? ¡Acaso pienso en estas cosas! —Se calmó y preguntó de nuevo: —Entonces, ¿no sabe usted nada?... Pues bien: mi hija está enferma. Estoy contenta de verle; va usted a tranquilizarme. Cogiendo la lámpara, pasó la primera; pero bajo el dintel se volvió para decirle duramente, con su clara mirada: —Le prohíbo que vuelva usted a empezar aquí... ¡Nunca jamás! Entró tras ella, tembloroso todavía, sin acabar de comprender lo que le estaba diciendo. En la habitación, a estas horas de la noche, entre la ropa interior y los vestidos esparcidos, respiró de nuevo este olor a verbena que tanto le había turbado la primera noche en la que había visto a Elena despeinada y con el chal resbalándole por los hombros. ¡Encontrarse allí de nuevo, arrodillarse, sorber todo aquel perfume de amor que flotaba y esperar así el día en adoración, abandonándose a la posesión de su sueño! Sus sienas estallaban y se apoyó en la camita de hierro de la niña. —Se ha dormido —dijo Elena en voz baja—. Mírela. Él no comprendía nada; su pasión no quería enmudecer. Ella se había inclinado delante de él, con lo cual adivinaba su nuca dorada, bajo sus finos cabellos rizados. Cerró los ojos para resistir el deseo de besarla en aquel sitio. —Doctor, véala, está ardiendo... Diga: ¿es algo grave? Entonces, pese al deseo loco que golpeaba su cráneo, cediendo a la costumbre profesional, tomó maquinalmente el pulso de Juana... Pero la lucha era demasiado fuerte y permaneció un momento inmóvil, sin que pareciera darse cuenta de que tenía aquella pobre manecita en la suya. —Dígame: ¿tiene mucha fiebre? —Mucha fiebre, ¿le parece? —repitió él. La manecita calentaba la suya. Hubo un nuevo silencio. En él estaba despertando el médico. Contó las pulsaciones. Una llama se apagó en sus ojos. Poco a poco su rostro palideció; se inclinó inquieto mirando a Juana atentamente. Murmuró: —El acceso es muy violento, tiene usted razón... ¡Dios mío!, pobre criatura... Su deseo había muerto; no tenía ya más que la pasión de servirla. Recobró toda su sangre fría. Se había sentado e interrogaba a la madre sobre los hechos que habían precedido a la crisis, cuando la pequeña se despertó gimiendo. Se quejaba de un dolor de cabeza espantoso. Los dolores en el cuello y en los hombros se habían hecho tan vivos, que no podía hacer un movimiento sin prorrumpir en un sollozo. Elena arrodillada al otro lado de la cama, la animaba y sonreía con el corazón destrozado al verla sufrir así. — ¿Es que ha venido alguien, mamá? —dijo volviéndose y dándose cuenta de la presencia del doctor. —Es un amigo que tú conoces. La niña le examinó un momento, pensativa y como dudosa. Luego una expresión cariñosa iluminó su cara. —Sí, sí, le conozco. Y le quiero mucho. —Y con su mimosa sonrisa añadió—: Tiene usted que curarme, señor, ¿verdad? Para que mamá se ponga contenta... Tomaré todo lo que usted me diga, lo prometo. El doctor le había tomado el pulso de nuevo. Elena le había tomado la otra mano; y, entre los dos, ella los miraba uno tras otro con un ligero estremecimiento de la cabeza, con un gesto de atención, como si jamás les hubiese visto tan bien. Le acometió un malestar: sus manitas se crispaban reteniéndoles. —No se vayan; tengo miedo... Defiéndanme, no dejen que toda esta gente se acerque... No quiero más que a ustedes, a ustedes dos, muy cerca. ¡Oh!, muy cerca, junto a mí, juntos... Los atraía hacia sí, los acercaba de una manera convulsa, repitiendo: —Juntos, juntos... El delirio reapareció así varias veces. En los momentos de calma, Juana cedía a una somnolencia que la dejaba sin aliento, como muerta. Cuando volvía, sobresaltada, de estos breves sueños, no oía ni veía nada, y tenía los ojos como velados por unas nubecitas blancas. El doctor veló parte de la noche, que fue muy mala. Descendió sólo un momento para ir él mismo a buscar un medicamento. Cuando se fue, hacia la mañana, Elena le acompañó angustiada hasta el recibidor. — ¿Cómo está? — preguntó. —Su estado es muy grave —respondió él—, pero no desconfíe, se lo ruego; cuente conmigo... Volveré esta mañana, hacia las diez. Al entrar en el dormitorio, Elena encontró a su hija sentada, buscando a su alrededor, como asustada. — ¡Me habéis dejado, me habéis dejado! —gritó—. ¡Oh!, tengo miedo, no quiero estar sola... Su madre la besó para consolarla; pero ella seguía buscando. — ¿Dónde está él? ¡Oh, dile que no se vaya!... Quiero que esté ahí, quiero,... —Va a volver, ángel mío —repetía Elena, que mezclaba sus lágrimas con las de ella—. No nos dejará, te lo juro. Nos quiere demasiado... Vamos, sé razonable, acuéstate; yo me quedo hasta que él vuelva. — ¿De verdad, de verdad? — murmuró la niña, que poco a poco cayó en una profunda somnolencia. Entonces comenzaron unos días espantosos, tres semanas de tremenda angustia. La fiebre no cesó ni una hora. Juana sólo encontraba un poco de sosiego cuando el doctor estaba allí y ella le daba una de sus manitas, en tanto que su madre le cogía la otra. Se refugiaba en ellos, compartía entre los dos su adoración tiránica, como si comprendiera bajo qué protección de ardiente ternura se refugiaba. Su exquisita sensibilidad nerviosa, aguzada por la enfermedad, le hacía comprender sin duda que sólo el milagro de su amor podía salvarla. Durante horas los miraba a ambos lados de su cama con ojos graves y profundos. Toda la pasión humana, entrevista y adivinada, gravitaba en esta mirada de chiquilla moribunda. No decía nada, pero lo expresaba todo con una cálida presión, rogándoles que no se alejaran, dándoles a entender cuánto descanso sentía viéndolos así. Cuando, después de una ausencia, el médico reaparecía, era para ella como si volviera a la vida; sus ojos, que no habían cesado de mirar hacia la puerta, se llenaban de luz; luego, tranquila, se dormía oyéndoles, a él y a su madre, que se movían a su alrededor hablando en voz queda. Al día siguiente de la crisis, el doctor Bodin se

presentó. Pero Juana le puso mala cara, volviendo la cabeza y no permitiendo que la examinara. —Él no, mamá —murmuraba—, él no; te lo ruego. Como volviera al día siguiente, Elena tuvo que hablarle de la animosidad de la niña, de modo que el viejo médico dejó de entrar en el dormitorio. Cada dos días subía para preguntar cómo seguía, y hablaba a veces con su colega, el doctor Deberle, quien se mostraba deferente tomando en cuenta su mucha edad. Por otra parte, era inútil que intentaran engañar a Juana. Sus sentidos eran de una extrema sensibilidad. El abate y el señor Rambaud venían cada tarde, se sentaban y pasaban una hora en un silencio desconsolado. Una tarde, cuando el doctor se iba, Elena indicó al señor Rambaud que ocupara su puesto y cogiera la mano de la pequeña. Pero al cabo de dos o tres minutos Juana, medio dormida, abrió los ojos y retiró bruscamente la mano. Lloró y dijo que eran malos con ella. —Entonces, ¿ya no me quieres?, ¿no quieres saber nada conmigo? —repetía el señor Rambaud con lágrimas en los ojos. Ella le miraba sin contestar, parecía ni siquiera reconocerle. El pobre hombre se volvía a su rincón con el corazón encogido. Había terminado por entrar sin hacer ruido, deslizándose hasta el quicio de una ventana, y allí, medio escondido por una cortina, se pasaba la tarde, embrutecido por la pena, con la mirada fija en la enferma. El sacerdote estaba también allí, con su enorme cabeza pálida sobre sus débiles hombros. Se sonaba ruidosamente para ocultar sus lágrimas. El peligro que corría su pequeña amiga le trastornaba hasta tal punto, que llegaba a olvidar a sus pobres. Pero era inútil que los dos hermanos se ocultaran al fondo de la habitación: Juana sentía que estaban allí; la molestaban, se revolvió con un gesto de malestar incluso cuando estaba amodorrada por la fiebre. Entonces su madre se agachaba para comprender las palabras que balbuceaba. — ¡Oh mamá!, me duele... Todo esto me ahoga... Haz que la gente se vaya en seguida, en seguida... Elena, lo más suavemente posible, explicaba a los dos hermanos que la pequeña quería dormir. Ellos comprendían y se iban con la cabeza gacha. En cuanto estaban fuera, Juana respiraba hondo, echaba una mirada alrededor de la habitación y luego fijaba con una ternura infinita sus miradas en su madre y en el doctor. —Buenas noches —murmuraba—. Estoy bien ahí; quédense... Durante tres semanas, los retuvo así. Enrique, primero, venía dos veces al día; luego se pasó allí todas las tardes y dedicaba a la niña todas las horas de que podía disponer. Al principio había tenido una fiebre tifoidea; pero se presentaron síntomas tan contradictorios, que se sentía perplejo. Sin duda se enfrentaba con una de estas afecciones cloroanémicas tan incomprensibles y cuyas complicaciones son terribles a la edad en que la niña se transforma en mujer. Sucesivamente temió una lesión de corazón y un principio de tisis. Lo que le inquietaba era la exaltación nerviosa de Juana, que no sabía cómo calmar; era, sobre todo, esta fiebre intensa, persistente, que no quería ceder ni con la medicación más enérgica. Dedicaba a esta curación toda su energía y toda su ciencia, con el único pensamiento de que estaba cuidando su felicidad, su misma vida. Un gran silencio, lleno de una solemne espera, le dominaba; ni una sola vez, durante estas tres semanas de ansiedad, despertó su pasión. Ya no se estremecía con el aliento de Elena, y cuando sus miradas se encontraban sólo había en ellas la tristeza amistosa de dos seres amenazados por una común desgracia. No obstante, minuto a minuto, sus corazones se fundían más y más el uno en el otro. Ambos vivían con el mismo pensamiento. Nada más llegar, él se enteraba al mirarlas de cómo Juana había pasado la noche, y no tenía necesidad de hablar para que ella supiera cómo encontraba a la enferma. Por otra parte, con su valor de madre, le había hecho jurar que no la engañaría y le diría todos sus temores. Siempre de pie, no habiendo dormido tres horas seguidas en veinte noches, demostraba una fuerza y una entereza sobrehumanas, sin una lágrima, dominando su desesperación para conservar la cabeza en esta lucha contra la enfermedad de su hija. Se había producido un inmenso vacío en ella y a su alrededor, del que había desaparecido el mundo que la rodeaba, sus sentimientos de cada momento, la conciencia misma de su existencia. Nada existía ya. No deseaba la vida más que por esta criatura agonizante y por este hombre que le prometía el milagro. Era a él sólo a él, a quien ella veía y oía, y cuyas más leves palabras tomaban una suprema importancia, y al que ella se abandonaba sin reservas con la ilusión de estar con él para infundirle su fuerza. Sordamente, inevitablemente, esta posesión se realizaba. Cuando Juana pasaba una hora de peligro, casi cada tarde, en este momento en que la fiebre duplicaba su intensidad, ellos estaban allí, silenciosos y solos, en el dormitorio sudoroso: y, pese a ellos, como si quisieran sentirse dos contra la muerte sus manos se encontraban al borde de la cama, un largo apretón los acercaba, temblorosos de inquietud y compasión, hasta que un débil suspiro de la niña, una respiración tranquila y regular, les advertía que había terminado la crisis. Entonces, con una inclinación de cabeza, se tranquilizaban. Otra vez, su amor había vencido. Y cada vez se apretaban la mano con más fuerza, se unían más estrechamente. Una noche, Elena adivinó que Enrique le ocultaba algo. Desde hacía diez minutos examinaba a Juana sin decir palabra. La pequeña se quejaba de una sed intolerable; se ahogaba, su seca garganta dejaba oír un silbido constante. Luego le había invadido una somnolencia, con el rostro muy colorado, tan pesado que ni siquiera podía abrir los párpados. Permanecía inerte; se habría dicho que estaba muerta sin el silbido de la garganta. —La encuentra usted muy mal, ¿verdad? —preguntó Elena lacónicamente. Contestó que no, que no había ningún cambio. Pero estaba muy pálido y permanecía sentado como aplastado por su

impotencia. Entonces, pese a la tensión de todo su ser, ella se desplomó sobre una silla al otro lado del lecho. — Dígame todo. Usted juró que me lo diría todo... ¿Está perdida? —Y como él callara, repitió con violencia—: Ya ve que soy fuerte... ¿Lloro acaso? ¿Acaso me desespero?... Hable, quiero saber la verdad. Enrique la miró fijamente y habló con lentitud. —Pues bien, si dentro de una hora no ha salido de esta somnolencia, será el final. Elena no lanzó ni un sollozo. Estaba completamente fría, con un horror que erizaba sus cabellos. Sus ojos se inclinaron hacia Juana, cayó de rodillas y cogió a su niña entre sus brazos con un ademán soberbio de posesión, como para retenerla contra su hombro. Durante un largo minuto inclinó su rostro contra el suyo, sorbiéndola con la mirada, queriendo darle su aliento, su propia vida. La jadeante respiración de la enfermita se hacía más breve. —Entonces, ¿no hay nada que hacer?... —repuso levantando la cabeza—. ¿Por qué se queda usted parado? Haga algo... —El tuvo un gesto de desaliento. —Haga algo... ¿Qué sé yo? No importa qué. Algo debe de poder hacerse. No va usted a dejarla morir... ¡Esto es imposible! —Lo haré todo —dijo simplemente el doctor. Se levantó. Y comenzó una lucha suprema. Volvió a recobrar toda su sangre fría y toda su decisión de médico experimentado. Hasta entonces no se había atrevido a emplear medios violentos, temiendo debilitar este pequeño cuerpo, ya de tan escasa vida. Pero ya no dudó más; mandó a Rosalía a buscar doce sanguijuelas. No ocultó a la madre que se trataba de un intento desesperado que podía salvar o matar a su hija. Cuando las sanguijuelas estuvieron allí, notó en ella un momento de desfallecimiento. — ¡Oh Dios mío, Dios mío! —murmuró—, si la mata usted... Tuvo que arrancarle su consentimiento. —Bueno, póngaselas, pero ¡que el cielo le inspire! No había soltado a Juana y se negó a levantarse, pues quería conservar su cabeza sobre su hombro. Él, frío el semblante, no dijo nada, absorto en el esfuerzo que intentaba. Primero las sanguijuelas no prendieron. Pasaban los minutos y sólo el balanceo del péndulo en la gran habitación llena de sombras ponía su latido implacable y obstinado. Cada segundo se llevaba una esperanza. Bajo el círculo de claridad amarilla que caía de la lámpara, la desnudez adorable y doliente de Juana, en medio de las sábanas recogidas, tenía una palidez de cera. Elena, con los ojos secos, ahogándose, miraba sus pequeños miembros ya muertos; y por ver una gota de sangre de su hija hubiese dado muy a gusto toda la suya. Por fin, apareció una gota roja: las sanguijuelas prendían. Una a una se fueron fijando. La existencia de la niña se decidía. Fueron minutos terribles, de una emoción intensísima. ¿Era su último suspiro, este aliento que exhalaba Juana?, ¿era la vuelta a la vida? Durante un momento, Elena la sintió rígida, creyó que se moría y tuvo el furioso deseo de arrancar aquellas bestezuelas que bebían tan golosamente; pero una fuerza superior la retuvo, permaneciendo boquiabierta y helada. El péndulo seguía latiendo y todo el dormitorio parecía esperar anhelante. La niña se agitó. Sus párpados se levantaron lentamente; luego los cerró como sorprendida y cansada. Una ligera vibración pasó por su rostro, como si respirase. Movié los labios. Elena, ávida, tensa, se inclinaba con una atención arisca. —Mamá, mamá —murmuró Juana. Entonces Enrique se acercó a la cabecera de la cama, junto a la joven, diciendo: —Está salvada. —Está salvada... Está salvada... —repetía Elena, balbuceando, inundada de una alegría tal que resbaló hasta el suelo, junto a la cama, mirando a su hija, mirando al doctor, como loca. Y, haciendo un gesto violento, se levantó y se lanzó al cuello de Enrique. — ¡Ah, te quiero! —exclamó. Le besaba, le abrazaba. Era su confesión, esta confesión largo tiempo retenida, que se escapaba al fin en esta crisis de su corazón. La madre y la amante se confundían en este momento delicioso: ofrecía su amor ardiente de agradecimiento. —Lloro, lo ves, puedo llorar —balbuceó—. ¡Dios mío! ¡Cómo te quiero, y cuán felices vamos a ser! Le tuteaba entre sollozos. La fuente de sus lágrimas, seca desde hacía tres semanas, resbalaba sobre sus mejillas. Se había quedado entre sus brazos, acariciadora y familiar, como un niño, arrastrada por la expansión de toda su ternura. Luego, volvió a caer de rodillas, cogió de nuevo a Juana para adormecerla contra su pecho: y de cuando en cuando, mientras su hija descansaba, levantaba hacia Enrique sus ojos húmedos de pasión. Fue una noche de felicidad. El doctor se quedó hasta muy tarde. Tendida en su lecho, tapada hasta la barbilla, su fina cabeza morena encima de la almohada, Juana cerraba los ojos sin dormir, tranquilizada y exhausta. La lámpara, puesta sobre el velador que habían arrastrado junto a la chimenea, iluminaba nada más que un extremo del dormitorio, dejando en una sombra vaga a Elena y Enrique, sentados en sus puestos habituales, a ambos lados de la estrecha cama. Pero la niña no los separaba; por el contrario, los acercaba y añadía su inocencia a su primera velada de amor. Los dos disfrutaban de la calma, después de los largos días de angustia que acababan de pasar. Por fin se encontraban de nuevo uno al lado del otro, con sus corazones más ampliamente abiertos; comprendían perfectamente que se querían más, con estos terrores y estas alegrías comunes, de los que salían temblorosos. La habitación se hacía cómplice, tan tibia, tan discreta, llena de este culto que pone un silencio emocionado alrededor del lecho de un enfermo. Elena se levantaba a cada momento y, de puntillas, iba a buscar una medicina, a reanimar la luz de la lámpara, a dar una orden a Rosalía; mientras, el doctor, que la seguía con los ojos, le hacía señas para que caminase sin hacer ruido. Después, cuando se sentaba de nuevo, cambiaban una sonrisa. No se decían ni una palabra; únicamente se interesaban por Juana, que era como su mismo amor. Pero a veces, ocupándose

de ella, cuando le subían el embozo o le levantaban la cabeza, sus manos se encontraban, se olvidaban, juntas, un instante. Era la única caricia, involuntaria y furtiva, que se permitían. —No estoy dormida —murmuraba Juana—; sé muy bien que estáis aquí. Entonces se alegraban de oírla hablar. Sus manos se separaban y no sentían otros deseos. La niña los satisfacía y los calmaba. —¿Te sientes bien, querida? —preguntaba Elena cuando la sentía moverse. Juana no contestaba en seguida. Hablaba como en sueños. —¡Oh sí! No me siento a mí misma..., pero os oigo, y esto me agrada. Luego, al cabo de un instante, hacía un esfuerzo, levantaba los párpados y los miraba. Y sonreía deliciosamente al cerrar los ojos. Al día siguiente, cuando el sacerdote y el señor Rambaud se presentaron, Elena dejó escapar un gesto de impaciencia. Le estorbaban en su rincón de felicidad. Y, como le preguntaban temblando ante el temor de oír malas noticias, Elena tuvo la crueldad de decirles que Juana no estaba mejor. Contestó esto sin pensarlo, impulsada por el egoísta deseo de guardar para sí y para Enrique el placer de haberla salvado y de ser los únicos en saberlo. ¿Por qué querían compartir su felicidad? Les pertenecía y le parecía que disminuiría si otros se enteraban. Le habría parecido como si un extraño penetrase en su amor. El sacerdote se acercó al lecho. —Juana, somos nosotros, tus buenos amigos... ¿No nos conoces? Con gravedad hizo un gesto con la cabeza. Los reconocía, pero no quería hablar, pensativa, lanzando miradas de inteligencia hacia su madre. Y los pobres hombres se fueron más desconsolados que otras noches. Tres días después, Enrique permitió a la enferma su primer huevo pasado por agua. Fue todo un acontecimiento. Juana quiso, en absoluto, comérselo sola, con su madre y el doctor, y con la puerta cerrada. Como el señor Rambaud se encontraba allí precisamente, murmuró al oído de su madre, que ya extendía una servilleta sobre la cama, a manera de mantel: —Espera; cuando él se haya ido. —Luego, en cuanto se hubo alejado, añadió—: En seguida, en seguida... Es más divertido cuando no hay nadie. Elena la había sentado, mientras Enrique ponía dos almohadas tras ella para sostenerla. Y, con la servilleta en su puesto y un plato encima de las rodillas, Juana esperaba con una sonrisa. —Voy a cascártelo, ¿quieres? —preguntó su madre. —Sí, eso es, mamá. —Y yo voy a cortarte tres pedacitos de pan —dijo el doctor. —¡Oh, cuatro! Seguro que comeré cuatro; ya verás. Ella tuteaba al doctor ahora. Cuando él le dio el primer trozo, ella cogió su mano y, como había guardado la de su madre, besó las dos, yendo de una a otra con el mismo afecto apasionado. —Vamos, sé razonable —dijo Elena, que la veía a punto de estallar en sollozos—: cómete bien tu huevo para darnos gusto. Entonces Juana empezó; pero estaba tan débil, que después del segundo trocito de pan se sintió muy cansada. Sonreía a cada bocado, diciendo que tenía los dientes blandos. Enrique la animaba. Elena tenía las lágrimas al borde de los ojos. ¡Dios mío! ¡Estaba viendo comer a su hija! Seguía el pan; este primer huevo la enternecía hasta las entrañas. El brusco pensamiento de Juana muerta, rígida bajo una sábana, le heló la sangre. Pero la niña comía, comía, tan gentil, con sus gestos pausados y sus vacilaciones de convaleciente. —No te vas a enfadar, mamá... Hago lo que puedo; ya estoy comiendo el tercer pedazo... ¿Estás contenta? —Muy contenta, querida mía... No sabes la alegría que me estás dando. En el desbordamiento de felicidad que la ahogaba, no se dio cuenta y apoyóse en el hombro de Enrique. Los dos sonreían a la niña. Pero ésta, lentamente, pareció acometida por un malestar; les dirigió unas miradas furtivas y luego bajó la cabeza; no quiso comer más y una sombra de desconfianza y cólera hizo palidecer su rostro. Hubo que acostarla de nuevo. TERCERA PARTE. Capítulo Tercero. La convalecencia duró meses. En agosto, Juana estaba todavía en la cama. Se levantaba una hora o dos por la tarde, y para ella representaba una enorme fatiga ir hasta la ventana donde permanecía tendida en una butaca frente a un París incendiado por la puesta del sol. Sus pobres piernas se negaban a llevarla; como decía ella con una pálida sonrisa, no tenía suficiente sangre ni para un pajarito; había que esperar a que comiera muchas sopas. Le ponían pequeños pedazos de carne cruda en el caldo. Acabó por gustarle, porque lo que ella deseaba era poder bajar pronto a jugar al jardín. Estas semanas, estos meses, pasaron monótonos y deliciosos, sin que Elena contase los días. No salía nunca, olvidaba al mundo entero al lado de Juana. Ninguna noticia exterior llegaba hasta ella. Era, delante de París que llenaba el horizonte con su humo y su ruido, un retiro más apartado y más cerrado que las santas ermitas perdidas entre las rocas. Su niña estaba salvada, esta certeza le bastaba, pasaba los días espionando el retorno de la salud, feliz ante cualquier detalle, ante una mirada brillante, ante un gesto alegre. A cada hora iba recobrando más y más a su hija, con sus hermosos ojos y sus cabellos que, de nuevo, se hacían suaves. Le parecía que ella le estaba dando la vida por segunda vez. Cuanto más lenta era la resurrección tanto más gustaba de sus delicias, y se acordaba de los días lejanos en que la amamantaba, experimentando, al verla recuperar sus fuerzas, una emoción más fuerte todavía que antaño, cuando medía sus piecitos sobre sus manos juntas para saber si andaría pronto. No obstante, persistía cierta inquietud; varias veces había notado aquella sombra que, de pronto, hacía palidecer el rostro de Juana, volviéndola desconfiada y hosca. ¿Por qué, en medio de una alegría, cambiaba tan bruscamente? ¿Es que sufría? ¿Es que le ocultaba algún despertar del dolor? —Dime, querida: ¿qué te pasa?... Ahora mismo te reías y pareces enfadada. Respóndeme: ¿sientes dolor en algún sitio? Pero Juana volvía la cabeza violentamente y hundía su cara en la almohada. —No me pasa nada —decía con voz seca—. Déjame, por favor.

Guardaba su rencor toda una tarde, mirando fijamente la pared, testaruda, abandonándose a una gran tristeza que su madre, desesperada, no podía comprender. El doctor no sabía qué decir; estos accesos se producían siempre cuando él estaba allí, y los atribuía al estado nervioso de la enferma. Sobre todo, recomendaba que evitasen contrariarla. Una tarde, estando Juana dormida, Enrique, que la había encontrado muy bien, se entretuvo en la habitación hablando con Elena, ocupada de nuevo en sus eternos trabajos de costura ante la ventana. Desde la terrible noche en que, con un grito apasionado, ella le había confesado su amor, los dos vivían sin sobresalto, abandonándose a la delicia de saber que se amaban, sin pensar en el mañana, olvidados del mundo. Junto al lecho de Juana, en aquella habitación conmovida todavía por la agonía de la niña, la castidad los protegía contra toda sorpresa de los sentidos. Su inocente aliento los calmaba. No obstante, a medida que la enferma se mostraba más fuerte, su amor también recobraba fuerzas, les regaba la sangre; permanecían uno al lado del otro, estremecidos, gozando de la hora presente, sin querer pensar en lo que harían cuando Juana ya se levantara y su pasión estallase libre y saludable. Durante horas enteras se arrullaban con algunas palabras pronunciadas de tarde en tarde, en voz baja, para no despertar a la pequeña. No importaba que las palabras fuesen banales, los emocionaban profundamente. Aquel día sentían una gran ternura uno por otro. —Le aseguro que está mucho mejor —dijo el doctor—. Antes de quince días podrá bajar al jardín. Elena clavó con fuerza la aguja y murmuró: —Todavía ayer estaba muy triste... Pero esta mañana se rió y me prometió ser juiciosa. Hubo un largo silencio. La niña seguía descansando, con un sueño que envolvía a los dos en una gran paz. Cuando descansaba así se sentían aliviados y se pertenecían más el uno al otro. —¿No ha vuelto usted a ver el jardín? —siguió Enrique—. Ahora está lleno de flores. —Las margaritas habrán crecido, ¿verdad? —preguntó ella. —Sí, el macizo está soberbio... Las clemátides han trepado por los olmos. Se diría un nido de hojas. Volvió el silencio. Elena dejaba de coser, le miraba sonriendo y su común imaginación les hacía ver paseándose por avenidas profundas, avenidas ideales, negras de sombra, en las que caía una lluvia de rosas. Él, inclinado sobre ella, sorbía el ligero perfume de verbena que subía de su peinador. Pero un ligero roce de ropas vino a turbarlos. —Se está despertando —dijo Elena, que levantó la cabeza. Enrique se había separado. Lanzó igualmente una mirada hacia el lecho. Juana acababa de coger su almohada entre sus bracitos y, con la barbilla hundida en las plumas, tenía ahora el rostro completamente vuelto hacia ellos. Pero sus párpados seguían cerrados; parecía que iba a dormirse de nuevo con una respiración lenta y regular. —¿Está usted siempre cosiendo? —preguntó él acercándose. —No puedo estar sin hacer algo con las manos —respondió ella—. Es algo maquinal que regula mis pensamientos... Durante horas, sigo pensando lo mismo, sin cansarme. Él no dijo nada más; seguía su aguja, que pespunteaba el calicó con un leve ruido cadencioso. Le parecía que este hilo arrastraba y anudaba sus dos existencias. Ella había podido seguir cosiendo durante horas y él hubiese permanecido escuchando el lenguaje de la aguja, un arrullo que repetía en su interior la misma palabra sin cansarlos jamás. Es lo que querían: pasar así los días, en este rincón de paz, el uno junto al otro, mientras la niña dormía y evitando moverse a fin de no turbar su sueño. ¡Una inmovilidad deliciosa, un silencio en el que oían sus corazones, una dulzura infinita que los enajenaba con una sensación única de amor y de eternidad! —Es usted buena, es usted buena —murmuró repetidas veces, no encontrando otras palabras para expresar la felicidad que le debía. Elena había levantado de nuevo la cabeza, sin sentir la menor molestia al sentirse tan ardientemente amada. El rostro de Enrique estaba junto al suyo. Por un momento se contemplaron. —Déjeme usted trabajar —dijo ella en voz baja—. No voy a terminar nunca. Pero en este momento una inquietud instintiva la hizo volverse. Vio a Juana, que los estaba mirando, con su cara pálida y sus ojos, abiertos, de un negro intenso. La niña no se había movido, con la barbilla entre las plumas y apretando la almohada entre sus bracitos. Acababa de abrir los ojos y los estaba mirando. —Juana, ¿qué tienes? —preguntó Elena—. ¿Te sientes mal? ¿Quieres algo? No respondió, no se movió, ni siquiera bajó los párpados, y en sus grandes ojos fijos centelleaba una llama. La sombra hosca cubría su frente, sus mejillas palidecían y se hundían. Ya se retorció las muñecas, como cuando iba a acometerle una crisis de convulsiones. Elena se levantó corriendo, rogándola que hablase; pero ella conservaba su testaruda rigidez y fijaba en su madre una mirada tan negra, que ésta acabó por enrojecer y balbucear: —Doctor, véala usted: ¿qué le ocurre? Enrique había separado su silla de la silla de Elena; se acercó al lecho y quiso coger una de sus manitas, que estrechaban con tanta fuerza la almohada. Entonces, a su contacto, Juana pareció recibir una sacudida. De un salto, se volvió hacia la pared, gritando: —¡Déjeme usted!... ¡Me hace usted daño! Se había escondido bajo el cobertor. En vano, durante un cuarto de hora, ambos intentaron calmarla con cariñosas palabras. Luego, ante su insistencia, se incorporó y, juntando las manos, suplicó: —Déjenme, por favor... Me hacen ustedes daño. Déjenme. Elena, trastornada, fue a sentarse delante de la ventana. Pero Enrique no ocupó su puesto junto a ella. Al fin acababan de comprender. Juana estaba celosa. No se les ocurrió ninguna palabra. El doctor caminó un minuto en silencio; luego se retiró viendo las ansiosas miradas que la madre lanzaba al lecho. En cuanto él se hubo alejado, volvió hacia su hija, la cogió por la fuerza entre sus brazos y le habló largamente.

—Escucha, pitusa, estoy sola... Mírame y contéstame... ¿No te duele nada? Entonces, ¿es que te hice enfadar? Tienes que decírmelo todo... ¿Es conmigo que estás enfadada? ¿Qué es lo que te entristece? Pero fue inútil que la interrogara, que diese a sus preguntas diferentes formas. Juana no dejaba de jurar que no tenía nada. Luego, de pronto, gritó y repitió: —Tú ya no me quieres... No me quieres... Y estalló en grandes sollozos, rodeando con sus brazos convulsos el cuello de su madre, cubriéndole la cara de ávidos besos. Elena, con el corazón destrozado, ahogándose en una tristeza indecible, la mantuvo largo rato contra su pecho, mezclando sus lágrimas a las suyas y jurándole que nunca jamás amaría a nadie tanto como a ella. A partir de este día, los celos de Juana despertaban por una palabra, por una mirada. Mientras ella se había sentido en peligro, un instinto le había hecho aceptar este amor que sentía tan tierno a su alrededor y que la salvaba. Pero ahora volvía a ser fuerte y no quería seguir compartiendo a su madre. Se apoderó de ella un rencor hacia el doctor, un rencor que aumentaba sordamente y se convertía en odio a medida que se encontraba mejor. Esto iba incubándose en su obstinada cabeza y en todo su ser silencioso y suspicaz. Nunca quiso explicarse con claridad: ella misma lo ignoraba. Le dolía aquí cuando el doctor se acercaba demasiado a su madre; y ponía sus dos manos sobre el pecho. Esto era todo; algo la quemaba, y una rabia furiosa la ahogaba y la hacía palidecer. No podía evitarlo: encontraba que la gente era injusta y se obstinaba más, sin contestar, cuando la reñían por ser tan mala. Elena, temblorosa, no atreviéndose a impulsarla a que se diese cuenta de su malestar, apartaba los ojos ante esta mirada de una niña de doce años en que brillaba demasiado pronto toda la apasionada vida de una mujer. —Juana, me entristeces mucho —le decía con lágrimas en los ojos, cuando la veía en un acceso de loco arrebato, que reprimía y la ahogaba. Pero esta frase, omnipotente otras veces, que le hacía correr llorando a los brazos de Elena, ya no la conmovía. Su carácter cambiaba. Diez veces al día cambiaba de humor. Generalmente tenía una voz breve e imperativa, hablando con su madre como hubiese hablado a Rosalía, molestándola por los más pequeños servicios, imponiéndose y quejándose siempre. —Dame una taza de tisana... ¡Qué lenta eres! Me dejáis que me muera de sed. Después, cuando Elena le daba la taza, decía: —No está azucarada... No la quiero. Volvía a acostarse violentamente y, cuando por segunda vez le daban la tisana, la rechazaba porque tenía demasiada azúcar. No querían cuidarla; lo hacían a propósito. Elena, que temía ponerla todavía más nerviosa, no contestaba y la miraba con lágrimas en las mejillas. Juana, sobre todo, guardaba sus cóleras para las horas en que iba el médico. En cuanto entraba, se hundía en el lecho y bajaba solapadamente la cabeza como esos animales salvajes que no toleran que se les acerque un extraño. Ciertos días se negaba a hablar, le abandonaba el pulso, se dejaba examinar, inerte, con los ojos fijos en el techo. Otros días no quería ni verle y se tapaba los ojos con sus dos manos tan rabiosamente, que habría sido necesario torcerle los brazos para separárselas. Una noche, cuando su madre le presentaba la cucharada de medicina, soltó esta cruel frase: —No; esto me envenena. Elena quedó impresionada, con el corazón atravesado por un dolor agudo, temiendo ir hasta el fondo de aquella expresión. —¿Qué estás diciendo, querida? —preguntó—. ¿Sabes lo que estás diciendo?... Los remedios nunca son buenos. Este tienes que tomarlo. Pero Juana mantuvo su testarudo silencio, volviendo la cabeza para no tomar la medicina. A partir de este día fue caprichosa, tomando o no las medicinas según el humor del momento. Olfateaba las botellas, las examinaba desconfiada encima de su mesita de noche. Cuando había rechazado una la reconocía siempre, y antes se hubiera dejado morir que tomar una sola gota de ella. Sólo a veces el bueno del señor Rambaud lograba decidirla. Le abrumaba ahora con una ternura exagerada, sobre todo cuando el doctor estaba allí y dirigía hacia su madre brillantes miradas para ver si ella sufría de este afecto que testimoniaba a otro. —¿Ah, eres tú, mi buen amigo? —exclamaba en cuanto le veía aparecer—. Ven a sentarte cerquita de mí... ¿Traes naranjas? Se incorporaba escudriñando entre risas sus bolsillos, donde siempre había alguna golosina. Después le besaba, representaba toda una comedia apasionada, satisfecha y vengada con el tormento que creía adivinar en la pálida cara de su madre. El señor Rambaud estaba muy orondo de haber hecho así las paces con su querida pequeña. Pero en el recibidor, Elena había ido a su encuentro, advirtiéndole con una rápida frase. Entonces, como de pronto, aparentaba darse cuenta de la porción que había encima de la mesa. —¡Diantre! ¿Estás tomando jarabe? La cara de Juana se oscurecía, y decía a media voz: —No, no, es malo; huele que apesta. ¡Yo no bebo esto! —¡Cómo! ¡Tú no bebes esto! —replicaba el señor Rambaud con gesto alegre—. Te apuesto a que está muy bueno... ¿Me permites que tome un poco? Sin esperar el permiso, se echaba una generosa cucharada y la tragaba sin una mueca, simulando una satisfacción golosa. —¡Oh, exquisito! —murmuraba—. Estás en un error... Espera, sólo un poquito. Juana, divertida, dejaba de defenderse. Quería de todo lo que el señor Rambaud hubiese probado, seguía con atención sus movimientos, parecía estudiar en su rostro el efecto de la droga. Y el pobre hombre, durante un mes, se hartó de productos farmacéuticos. Cuando Elena le daba las gracias, él levantaba los hombros. —¡Déjelo! ¡Si está bueno! —acababa por decir, convencido, satisfecho de compartir por gusto los medicamentos de la pequeña. Pasaba las tardes junto a ella. El abate, por su parte, venía cada dos días. Ella los retenía todo el tiempo posible y se enfadaba

cuando los veía coger sus sombreros. Ahora tenía encontrarse a solas con su madre y el doctor; hubiese querido que siempre hubiese gente allí para separarlos. A menudo llamaba a Rosalía sin motivo. Cuando se quedaban solos sus miradas no los dejaban, los perseguían por todos los rincones del dormitorio. Palidecía en cuanto se tocaban la mano. Si cruzaban una palabra en voz baja, se incorporaba enfadada, queriendo saber. No toleraba siquiera que el traje de su madre, sobre la alfombra, rozara el pie del doctor. No podían acercarse, mirarse, sin que a ella, le acometiera inmediatamente un temblor. Su carne dolorida, su pobre pequeño ser inocente y enfermo, tenía una susceptibilidad extremada que le hacía volverse bruscamente cuando adivinaba que tras ella se habían sonreído. Los días en que más se querían los acertaba ella en el aire que le daban, y estos días estaba más triste, sufría como sufren las mujeres nerviosas cuando se acerca una violenta tempestad. En torno a Elena, todo el mundo consideraba a Juana como fuera de peligro. Ella misma, poco a poco, había ido compartiendo esta certeza. Por esto acabó por tratar las crisis como antojos de niña mimada, sin importancia. Después de las seis semanas de angustia que acababa de pasar, sentía cierta necesidad de vivir. Su hija, ahora, podía prescindir de sus servicios durante horas y constituía un alivio delicioso, un descanso y una voluptuosidad vivir estas horas para ella, que desde hacía tanto tiempo no sabía siquiera si existía. Hurgaba en sus cajones y encontraba con alegría objetos olvidados, se ocupaba en toda clase de pequeños menesteres para recobrar la marcha feliz de su vida diaria. En esta renovación, aumentaba su amor. Enrique era como la recompensa que se concedía por haber sufrido tanto. En el fondo de esta habitación, se sentían fuera del mundo, perdiendo el recuerdo de todo obstáculo. Nada los separaba, excepto esta niña, sobresaltada por su pasión. Entonces fue justamente Juana quien acució sus deseos. Siempre entre ellos, con su mirada espiándolos, les obligaba a un recato constante, a una comedia de indiferencia de la que salían más ansiosos. Durante días no podían cruzar una palabra, dándose cuenta de que ella los escuchaba, incluso cuando parecía adormecida. Una noche en que Elena había acompañado a Enrique, en el recibidor, muda, vencida, iba a caer en sus brazos, cuando Juana, tras la puerta cerrada, se puso a gritar: «¡Mamá! ¡mamá!», con una voz furiosa como si el beso ardiente con que el médico rozó los cabellos de su madre hubiese repercutido en ella. Elena tuvo que entrar rápidamente en la habitación, pues acababa de oír que la niña saltaba de la cama. La encontró temblando, desesperada, corriendo en camisa. Juana no quería que la dejaran. A partir de este día, sólo les quedó un apretón de manos a la llegada y a la partida. La señora Deberle, desde hacía un mes, se había ido a los baños de mar con su pequeño Luciano; el doctor, que disponía de todas las horas no podía pasar junto a Elena más allá de diez minutos. Habían terminado sus largas conversaciones, tan dulces, delante de la ventana. Cuando se miraban, una llama cada vez más grande se encendía en sus ojos. Lo que sobre todo acabó de torturarlos fueron los cambios de humor de Juana. Una mañana se deshizo en llanto cuando el doctor se inclinó sobre ella. Durante todo el día su odio se transformó en ternura febril; quiso que se quedase junto a su cama, llamó a su madre veinte veces como si quisiera verlos uno junto a otro, emocionados y sonrientes. Elena, muy feliz, soñaba ya en una larga serie de días parecidos. Pero al día siguiente, cuando Enrique llegó, la niña le recibió tan duramente, que la madre, con una mirada, le suplicó que se retirara; toda la noche Juana se había agitado con el arrepentimiento indignado de haber sido buena. A cada instante se reproducían escenas parecidas. Después de las horas exquisitas que les concedía la niña en sus momentos de cariños apasionados, llegaban las horas malas como un latigazo que acrecentaba en ellos la necesidad de ser el uno del otro. Entonces, un sentimiento de rebeldía fue creciendo poco a poco en Elena. Es verdad que hubiera dado la vida por su hija. Pero ¿por qué esta niña mala la torturaba hasta tal punto, ahora que estaba fuera de peligro? Cuando ella se abandonaba dejándose llevar por cualquier sueño vago en el que se veía pasear con Enrique, en un país desconocido y encantador, de pronto, la imagen rígida de Juana surgía, provocando el desgarramiento de sus entrañas y su corazón. Sufría demasiado en esta lucha entre su maternidad y su amor. Una noche, pese a la prohibición expresa de Elena, vino el doctor. Desde hacía ocho días no habían podido cruzar una palabra. Ella no quería recibirle; pero él, suavemente, la empujó hacia la habitación, como para tranquilizarla. Allí los dos se creían seguros de sí mismos. Juana dormía profundamente. Se sentaron en sus puestos habituales, junto a la ventana, lejos de la lámpara, y una sombra tranquila los envolvió. Durante dos horas estuvieron hablando, acercando sus caras para hablar más bajo, tan bajo, que apenas su aliento alteraba el silencio de la gran habitación aletargada. De vez en cuando volvían la cabeza, echando una mirada sobre el fino perfil de Juana, cuyas manitas, juntas, descansaban sobre la sábana. Pero acabaron por olvidarla. Su baluceo crecía. Elena, de pronto separó sus manos, que ardían bajo los besos de Enrique, y sintió el frío horror de la abominación que habían estado a punto de cometer. — ¡Mamá! ¡Mamá! — baluceó Juana, bruscamente agitada, como atormentada por alguna pesadilla. Se debatía en su lecho, con los ojos pesados de sueño, intentando sentarse en la cama. — Escóndete, por favor, escóndete — repetía Elena, apurada —; si te quedas ahí, la matas. Enrique desapareció rápidamente en el hueco de la ventana, tras una de las cortinas de terciopelo azul. Pero la niña seguía doliéndose. — ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Oh, cómo sufro!... — Estoy aquí, junto a ti, querida... ¿Dónde te duele? — No lo sé... Es por ahí,

¿ves? Es como si me quemara. Había abierto los ojos y, con la cara contraída, apoyaba sus manitas en el pecho. — Me ha dado de golpe... Estaba durmiendo y sentí como un gran fuego. — Pero ya pasó. ¿Ya no sientes nada? — Sí, sí, igual. Y con una mirada inquieta recorrió toda la habitación. Ahora estaba completamente despierta; la sombra hosca descendía y hacía palidecer sus mejillas. — ¿Estás sola, mamá? — ¡Claro, querida! Sacudió la cabeza mirando, oliendo el aire con creciente agitación. — No, no, estoy segura... Hay alguien... Tengo miedo, mamá, tengo miedo. ¡Oh! Tú me engañas, no estás sola... Una crisis nerviosa la acometió, se echó en la cama sollozando y escondiéndose debajo del cobertor como para escapar de algún peligro. Elena, trastornada, hizo salir inmediatamente a Enrique. Él quería quedarse para cuidar de la niña, pero ella le empujó hacia fuera. Volvió y cogió a Juana entre sus brazos mientras ésta repetía la queja que resumía siempre sus grandes dolores: — Tú ya no me quieres... Ya no me quieres... — Cállate, ángel mío, no digas esto — gritó la madre —. Te quiero más que a nadie en el mundo... ¡Vas a ver cómo te quiero! La cuidó hasta la mañana, resuelta a darle su corazón, asustada de ver que su amor repercutía tan dolorosamente en esta querida criatura. Su hija vivía su amor. Al día siguiente, exigió una consulta. El doctor Bodin vino como por casualidad y examinó a la enferma, a la que auscultó bromeando. Luego tuvo una larga conversación con el doctor Deberle, que se había quedado en la habitación vecina. Ambos estuvieron de acuerdo en que, por el momento, no se observaba ninguna gravedad; pero, temiendo complicaciones, interrogaron largamente a Elena, sintiéndose ante una de estas neurosis que tienen una historia en la familia y que desconciertan a la ciencia. Entonces ella les dijo lo que, en parte, ya sabían: su abuela encerrada en un manicomio de Tulettes, a algunos kilómetros de Plassans, su madre muerta repentinamente de una tisis galopante, después de una vida de trastornos y crisis nerviosas. Ella era como su padre, al que se parecía en los rasgos de la cara y del que conservaba el carácter equilibrado. Juana, por el contrario, era el vivo retrato de su abuela, pero mucho más delicada; nunca alcanzaría su alta talla ni su fuerte armazón ósea. Los dos médicos repitieron una vez más que necesitaba grandes cuidados. Nunca se tomarían demasiadas precauciones con estas afecciones cloroanémicas, que favorecen el desarrollo de tantas enfermedades crueles. Enrique había escuchado al viejo doctor Bodin con una deferencia que jamás había tenido por ningún colega. Le consultaba sobre Juana con los aires de un alumno que duda de sí mismo. La verdad es que acababa por temblar ante esta niña; escapaba a su ciencia y temía matarla y perder a la madre. Transcurrió una semana. Elena dejó de recibirle en la habitación de la enferma. Entonces, por propio impulso, herido en el corazón, enfermo, cesó en sus visitas. Hacia finales de agosto, Juana pudo por fin levantarse y andar por la casa. Se reía, aliviada; en quince días no había tenido ninguna crisis. Su madre, toda para ella, siempre junto a ella, había bastado para curarla. Durante los primeros días, la niña seguía desconfiada, probaba sus besos, se inquietaba de sus movimientos, exigía que le diese la mano para dormirse y quería conservarla durante el sueño. Luego, viendo que ya no subía nadie, que ya no tenía que compartirla con nadie, había recobrado la confianza, feliz de comenzar de nuevo su buena vida de antes, ambas solas, trabajando delante de la ventana. Cada día se ponía más de color de rosa. Rosalía decía que estaba floreciendo a ojos vista. Ciertas tardes, no obstante, al caer la noche, Elena se abandonaba. Desde la enfermedad de su hija, se había vuelto seria, un poco pálida, con una arruga en la frente que antes no tenía. Y cuando Juana se daba cuenta de uno de estos movimientos de cansancio, en una de estas horas desesperadas y vacías, ella misma se sentía muy desgraciada y le pesaba en el corazón un vago remordimiento. Dulcemente, sin hablar, se colgaba de su cuello. Luego, en voz baja, decía: — ¿Eres feliz, madrecita? Elena sentía un estremecimiento y se apresuraba a responder: — ¡Claro que sí, querida! La niña insistía: — Eres feliz, feliz... ¿Seguro? — Muy seguro... ¿Cómo quieres que no sea feliz? Entonces Juana la apretaba estrechamente en sus bracitos como para recompensarla. La quería amar tan fuerte, decía, tan fuerte, que no se pudiese encontrar una madre tan feliz en todo París.

TERCERA PARTE. Capítulo Cuarto. El jardín del doctor Deberle, en agosto, era un verdadero pozo de verdor. Junto a la verja, las lilas y los codesos mezclaban sus ramas, en tanto que las plantas trepadoras, las hiedras, las madresevas y las clemátides lanzaban por todas partes sus brotes sin fin, que se deslizaban, se anudaban, caían como una lluvia, llegaban hasta los olmos del fondo después de haber corrido a lo largo de las tapias; y allí se hubiese dicho que formaban una tienda, atada de un árbol a otro, en que los olmos se erguían como los pilares sólidos y frondosos de un salón de verdor. Este jardín era tan diminuto, que la menor sombra bastaba para cubrirlo. A mediodía, en el centro, el sol ponía una única mancha amarillenta que dibujaba la redondez del césped, flanqueado por los dos macizos de flores. Junto a la escalinata había un gran rosal de rosas color de té, enormes, que florecían a centenares. Por la tarde, cuando disminuía el calor, el perfume se hacía penetrante, un olor cálido de rosas embalsamaba el ambiente, bajo los olmos. No había nada más encantador que este rincón perdido, tan perfumado, donde no podía penetrar la mirada de los vecinos y que sugería un sueño de selva virgen, mientras los organillos tocaban polcas en la calle de Vineuse. — Señora — decía todos los días Rosalía —, ¿por qué no baja la señorita al jardín?... Le gustaría mucho estar bajo los árboles. La cocina de Rosalía estaba invadida por las ramas de uno de los



olmos. Podía arrancar las hojas con la mano y vivía feliz con este colosal ramillete a través del cual ya no podía ver nada. Pero Elena respondía: —No está bastante fuerte todavía. El fresco en la sombra podría dañarla. A pesar de ello, Rosalía se empeñaba. Cuando creía tener una buena idea, no la abandonaba fácilmente. La señora se equivocaba al creer que la sombra podría dañarla. Lo que pasaba es que la señora tenía molestar a la gente y se equivocaba; seguro que la señorita no estorbaría a nadie, pues jamás había alma viviente; el señor jamás aparecía, la señora debía seguir en los baños de mar hasta mediados de septiembre; esto era tan verdad, que la portera había pedido a Ceferino que pasara un poco el rastrillo, de modo que, desde hacía dos domingos, ella y Ceferino pasaban allí la tarde. ¡Oh!, no se podía imaginar cosa más linda. Elena seguía negándose. Juana parecía tener muchas ganas de bajar al jardín, del que había hablado muchas veces a lo largo de su enfermedad; pero un sentimiento singular, una cortedad que le hacía bajar los ojos, parecía impedirle insistir cerca de su madre. Finalmente, el domingo siguiente la criada se presentó muy sofocada, diciendo: — ¡Oh, señora!, le juro que no hay nadie. No estamos más que yo y Ceferino rastrillando... ¡Déjela venir! No puede usted imaginar lo bien que se está. Venga un momento, nada más que un momento, para verlo. Se la veía tan convencida, que Elena cedió. Envolvió a Juana con un chal y dijo a Rosalía que cogiera una espesa manta. La niña, encantada, con una alegría muda que sólo expresaban sus grandes y brillantes ojos, quiso bajar la escalera sin que nadie la ayudara, para demostrar su fuerza. Tras ella iba su madre con los brazos dispuestos para sostenerla. Al llegar abajo, cuando pusieron los pies en el jardín, las dos soltaron una exclamación. No lo reconocían: hasta tal punto todo aquel impenetrable follaje se parecía poco al rincón atildado y burgués que habían visto en primavera. — ¡Cuando yo se lo decía! —repetía Rosalía con aires de triunfo. Los macizos se habían ensanchado, convirtiendo las avenidas en estrechos senderos, dibujando todo un laberinto en el que las faldas se prendían al pasar. Se habría dicho que estaban en lo más profundo de una selva, bajo la bóveda del follaje que dejaba pasar una luz verde de una suavidad y un misterio encantadores. Elena buscaba el olmo al pie del cual se había sentado en abril. —Pero —dijo— no quiero que se quede aquí. La sombra es demasiado fresca. —Entonces, espere —replicó la criada—; va usted a ver. Con tres pasos se cruzaba la selva. Allí, en medio del macizo de verdor, sobre el césped, estaba el sol, un ancho rayo de oro que caía, tibio y silencioso, como en un claro en un bosque. Levantando la cabeza, no se veían más que las ramas destacándose sobre el manto azul del cielo, con la finura de un bordado. Las rosas té del gran rosal, un poco mustias por el calor, dormían en sus tallos. En los macizos, las margaritas rojas y blancas, de un tono apagado, dibujaban trozos de vieja tapicería. —Va usted a ver —repetía Rosalía—. Déjeme hacer; yo voy a arreglarla. Acababa de doblar y extender la manta al borde de una avenida, en el espacio en que terminaba la sombra. Luego hizo sentar a Juana con los hombros cubiertos por el chal y le dijo que alargara sus piernecitas. De este modo, la niña tenía la cabeza a la sombra y los pies al sol. — ¿Estás bien, querida? —preguntó Elena. — ¡Oh, sí! —contestó—. Ya ves que no tengo frío. Parece como si me estuviera calentando ante un gran fuego... ¡Oh, cómo se respira! ¡Qué cosa más agradable! Entonces Elena, que miraba con inquietud los postigos cerrados del hotel, dijo que iba a subir un instante. Hizo toda clase de recomendaciones a Rosalía; que tuviese cuidado con el sol, que no dejara allí más de media hora a Juana, que no apartase la vista de ella... —No tengas miedo, mamá —gritó la pequeña riendo—; por aquí no pasan coches. Cuando estuvo sola, cogió puñados de gravilla de su lado, jugando a hacerla pasar, como lluvia, de una a otra mano. Entretanto, Ceferino rastrillaba. Antes, en cuanto vio a la señora y a la señorita se apresuró a ponerse la guerrera, que tenía colgada de una rama; y se había quedado de pie, dejando de rastrillar, por respeto. Durante toda la enfermedad de Juana había seguido viniendo, como de costumbre, todos los domingos: pero se escurría hacia la cocina con tantas precauciones, que Elena jamás hubiese sospechado su presencia si Rosalía, cada vez, no hubiese preguntado, de su parte, cómo seguía la niña, añadiendo que Ceferino compartía las preocupaciones de la casa. Además, iba adquiriendo buenas maneras, como decía ella: se estaba desbastando de lo lindo en París. Apoyado en su rastrillo, dirigía a Juana un balanceo de cabeza para expresar su simpatía. En cuanto le vio, ella le sonrió. —He estado muy enferma —dijo. —Ya lo sé, señorita —contestó él, poniéndose una mano en el corazón. Luego quiso encontrar algo amable, algo gracioso que animara la situación, y añadió: — ¿Ve usted? Su salud estaba dormidita; pero ahora verá cómo va que arde. De nuevo Juana había cogido un puñado de gravilla. Entonces, satisfecho de sí mismo, riendo silenciosamente, con una risa que le alargaba la boca de una oreja a otra, se puso de nuevo a rastrillar con toda la fuerza de sus brazos. El rastrillo, en la gravilla, hacía un ruido regular y estridente. Al cabo de unos minutos, Rosalía, que veía a la niña absorta en su juego, feliz y muy tranquila, se alejó de ella paso a paso, como atraída por el rechinar del rastrillo. Ceferino estaba al otro lado del césped, a pleno sol. —Estás sudando como un buey —murmuró ella—. Quitate la guerrera. ¡Vamos, la señorita no va a ofenderse por esto! El se quitó la guerrera y la colgó de nuevo de una rama. Su rojo pantalón, sujeto a la cintura por una correa, le subía hasta muy alto, mientras que su camisa, de gruesa tela cruda, sujeta al cuello por una tirilla de crin, era tan recia, que se abombaba y le hacía aún más grueso. Se remangó las mangas, contoneándose

para mostrar una vez más a Rosalía dos corazones inflamados que se había hecho tatuar en el cuartel, con esta divisa: Para siempre. — ¿Has ido a misa esta mañana? —preguntó Rosalía, que todos los domingos le sometía a este interrogatorio. —A misa... a misa... —repitió Ceferino con cierta guasa. Sus dos orejas, coloradas, se separaban de su cabeza, pelada muy al raso, y toda su pequeña persona regordeta adoptaba un gesto burlesco. — ¡Claro que he ido a misa! —acabó diciendo. — ¡Mientes! —replicaba Rosalía con violencia—. Seguro que mientes. Lo noto en tu nariz, que se agita... ¡Ay, Ceferino! Te estás echando a perder: ya ni siquiera tienes religión... ¡No te fies! Por toda respuesta, él, con un gesto galante, quiso cogerla por la cintura. Pero ella pareció escandalizada y exclamó: — ¡Te haré poner de nuevo la guerrera si no te portas decentemente...! ¿No te da vergüenza? ¿No ves que la señorita nos está mirando? Entonces Ceferino rastrilló con más fuerza. Juana, en efecto, acababa de levantar los ojos. El juego la aburría un poco: después de las piedrecitas, había recogido hojas y arrancado hierba; pero la invadía la pereza y jugaba más a gusto a no hacer nada, a mirar el sol que la alcanzaba poco a poco. Hacía un momento, sólo sus piernas, hasta las rodillas, se empapaban en este baño caliente de rayos de sol; ahora le llegaba hasta la cintura y el calor iba subiendo; notaba que iba aumentando en ella como una caricia, haciéndole muy agradables cosquillas. Lo que más la divertía eran las manchas redondas, de un hermoso amarillo oro, que danzaban sobre su chal. Parecían animalitos y echaba la cabeza hacia atrás para ver si se subirían hasta su cara. Esperando, había juntado sus manitas la sol. ¡Cuán delgadas parecían! ¡Qué transparentes estaban! El sol pasaba a través de ellas y le parecían bonitas de todos modos, de un rosa como el de las conchas marinas, finas y alargadas, iguales a las manecitas infantiles de un Niño Jesús. Además, al aire libre, estos grandes árboles a su alrededor, este calor, la habían aturdido un poco. Le parecía estar dormida, pero veía y oía. Era algo muy agradable y muy dulce. —Señorita, convendría que se retirara usted un poco —dijo Rosalía, que había vuelto junto a ella—. El sol la calienta demasiado. Pero Juana, con un ademán, se negó a moverse. Se encontraba demasiado cómoda. Ahora sólo se ocupaba de la criada y el soldadito, cediendo a una de esas curiosidades de los niños por las cosas que se les ocultan. Taimada, bajó los ojos, queriendo hacer creer que no miraba; y entre sus largas pestañas miraba aunque pareciera amodorrada. Rosalía siguió allí algunos minutos, pero le faltaban las fuerzas ante el reclamo del rastrillo. De nuevo fue al encuentro de Ceferino, poco a poco, como a pesar suyo. Le reñía por sus nuevas maneras, pero en el fondo estaba prendada, con el corazón cautivo, llena de una oscura admiración. El soldadito, en sus largos paseos con sus camaradas por el Jardín de las Plantas y la plaza Château-d'Eau, donde estaba su cuartel, iba adquiriendo los ademanes balanceantes y floridos del caloyo parisiense. Iba aprendiendo también su retórica, el florilegio galante, el enmarañado estilo que tanto halagaba a las mujeres. A veces se sentía sofocada de gusto, escuchando frases que él le decía con un contoneo de hombros, y en las que las palabras que no comprendía le hacían ponerse colorada de orgullo. El uniforme ya no le incomodaba; movía los brazos que parecía que fuesen a despegarse, con aire intrépido; tenía, sobre todo, una forma de llevar el chacó sobre la nuca que descubría su cara redonda y su nariz respingona, en tanto que el chacó acompañaba suavemente el balanceo de todo su cuerpo. Además, se estaba emancipando: tomaba su copita de aguardiente y apretaba a las chicas por la cintura. Seguro que ahora sabía mucho más que ella, con su aire guasón de matalascallando. París le despabilaba demasiado. Y, encantada y furiosa a la vez, se plantaba ante él, dudando entre los dos deseos que sentía: arañarle o dejarle que le dijera tonterías. Entretanto, Ceferino, rastrillando, había doblado la avenida. Se encontraba tras un gran bonetero y lanzaba miradas de reojo a Rosalía, en tanto parecía atraerla hacia sí con pequeños golpes de rastrillo. Cuando estuvo muy cerca, la pellizcó brutalmente en la cadera. —No grites; es así como te quiero —murmuró con voz gangosa—. ¡y toma esto de propina! ¡Y toma esto de propina! La estaba besando al azar, detrás de la oreja. Luego, como Rosalía le pellizcara hasta hacerle sangre, él le dio otro beso, sobre la nariz esta vez. Ella se sentía sofocada, muy satisfecha en el fondo, pero desesperada de no poderle soltar un bofetón, a causa de la señorita. —Me he pinchado —dijo, volviendo al lado de Juana, para disimular el ligero chillido que había lanzado. Pero la niña había visto toda la escena a través de las delgadas ramas del bonetero. El pantalón rojo y la camisa del soldado se destacaban, chillones, sobre el fondo de verdura. Levantó lentamente los ojos hacia Rosalía y la miró un instante mientras ella se ponía más colorada, con los labios húmedos y los cabellos al viento. Luego bajó de nuevo los párpados y cogió de nuevo un puñado de gravilla, pero no tuvo fuerzas para jugar; se quedó con las dos manos en la tierra caliente, soñolienta, en medio de la gran vibración del sol. Una oleada de salud subía en ella y la sofocaba. Los árboles le parecían gigantescos y poderosos, las rosas la ahogaban con su perfume. Pensaba en cosas vagas, sorprendida y encantada. — ¿En qué está usted pensando, señorita? —le preguntó Rosalía, inquieta. —Yo qué sé; en nada —respondió Juana—. ¡Ah sí!, ya lo sé: en que me gustaría llegar a vieja. No podía explicar esta frase. Era una idea que se le había ocurrido, decía. Pero por la noche, después de cenar, como se quedara pensativa y su madre la interrogara, hizo de pronto esta pregunta: —Mamá, ¿es que los primos y las primas se casan entre ellos? —Seguro —dijo Elena—. ¿Por qué me lo preguntas? —Por nada... Por saber. Ya estaba Elena

acostumbrada a estas raras preguntas. A la niña le sentó tan bien esta hora pasada en el jardín, que bajó todos los días de sol. Las repugnancias de Elena desaparecieron poco a poco; el hotel seguía cerrado, Enrique no aparecía, y ella había acabado por quedarse y sentarse junto a Juana, en un extremo de la manta. Pero al domingo siguiente se inquietó viendo, por la mañana, las ventanas abiertas. — ¡Claro! Esto es que están ventilando las habitaciones — decía Rosalía para decidirla a que bajara—. ¡Cuando yo le digo que no hay nadie! Aquel día, el tiempo fue más cálido todavía. Una lluvia de flechas de oro acribillaba el follaje. Juana, que empezaba a hacerse fuerte, anduvo más de diez minutos apoyada en el brazo de su madre. Luego, fatigada, volvió a su manta, dejando a Elena un pequeño espacio. Las dos se sonreían, viéndose así sentadas en el suelo. Ceférino, que había terminado de rastrillar, ayudaba a Rosalía a coger perejil del que crecían muchas matas perdidas a lo largo de la tapia del fondo. De pronto se produjo un gran ruido en el hotel y, cuando Elena pensaba en huir, la señora Deberle apareció en la escalinata. Llegaba en traje de viaje, hablando alto, muy atareada. Pero, cuando vio a la señora Grandjean y a su hija sentadas en el suelo, delante del césped, se precipitó, las colmó de caricias, las aturdió con sus palabras. — ¡Pero cómo! ¡Son ustedes!... ¡Ah, qué feliz soy de verlas! Dame un beso, Juanita. Has estado muy enferma, ¿verdad, mi pobre gatita? Pero ya estás mejor, pareces una rosa... ¡Cuántas veces he pensado en ustedes! Les escribí, querida; ¿recibieron mis cartas? Debió de sufrir usted horas terribles. En fin, ya pasó... ¿Me permite que le dé un beso? Elena se había puesto de pie. Se tuvo que dejar dar dos besos en las mejillas y devolverlos. Estas caricias la helaban; balbuceó: —Nos perdonará que hayamos invadido su jardín. — ¡No habla usted en serio! —repuso impetuosamente Julieta—. ¿Acaso no está usted en su casa? Las dejó un instante y subió la escalinata para llamar a través de las habitaciones abiertas: — ¡Pedro, no olvide usted nada! Hay diecisiete bultos. Pero volvió en seguida para hablar de su viaje. — ¡Oh, ha sido una temporada encantadora! Estábamos en Trouville, ¿sabe usted? En la playa había un gentío que no se podía andar. Y lo mejor de lo mejor... ¡He tenido unas visitas!, ¡oh! ¡unas visitas! Papá vino a pasar quince días con Paulina. De todos modos, da gusto volver a casa... ¡Ah!, no le he dicho... Pero no; le contaré esto más tarde. Se inclinó, besó a Juana de nuevo y luego, poniéndose seria, interrogó: — ¿Me he puesto morena? —No, no me parece —contestó Elena, que la estaba mirando. Julieta, con sus ojos claros y vacíos, sus manos gordezuelas, su bello y amable rostro, no envejecía. Ni el aire del mar había podido alterar la serenidad de su indiferencia. Parecía volver de una carrera por París, de dar una vuelta por sus proveedores, con el reflejo de los escaparates sobre su persona. Sin embargo desbordaba de afecto y Elena se encontraba tanto más molesta cuando que se sentía, tensa y hostil. En medio de la manta, Juana no se movía; levantaba tan sólo su fina carita doliente, con las manos apretadas frioleramente al sol. —Esperen, no han visto ustedes a Luciano —exclamó Julieta—; hay que verle... se ha puesto enorme. Y cuando le hubieron traído al muchacho, al que la doncella estaba limpiando del polvo del viaje, le empujó, le hizo girar, para mostrarlo. Luciano, gordo, mofletudo, tostado de haber jugado en la playa, azotado por el aire del mar, reventaba de salud, un poco hinchado incluso, y con gesto arisco porque acababan de lavarlo. Le habían secado mal, tenía una mejilla húmeda todavía, rosada por el frote de la toalla. Cuando vio a Juana, se detuvo sorprendido. Ella le miró con su pobre carita delgada, tan pálida, entre la cascada negra de sus cabellos cuyos bucles caían hasta sus hombros. Sus hermosos ojos, grandes y tristes, ocupaban todo su rostro y, pese al fuerte calor, tenía un pequeño temblor, y sus frioleras manos se tendían siempre como ante una gran fogata. — ¡Vamos, hombre! ¿Es que no vas a besarla? —dijo Julieta. Pero Luciano parecía tener miedo. Acabó por decidirse, con precaución, alargando los labios para aproximarse a la enferma lo menos posible. Luego se echó hacia atrás de prisa. A Elena se le llenaron los ojos de lágrimas. ¡Cómo estaba este chico! Y su Juana se ahogaba tan sólo por haber dado una vuelta alrededor del césped. Había madres que eran muy felices. Julieta, de pronto, comprendió su crueldad. Entonces se enfadó con Luciano: — ¡Cuidado que eres tonto!... ¿Es así como se besa a las señoritas? No tiene usted idea, querida; en Trouville se ha puesto imposible. Se estaba embrollando. Afortunadamente para ella, apareció el doctor y salió del paso con una exclamación. — ¡Ah, aquí viene mi marido! Él no las esperaba hasta por la noche, pero ella había tomado otro tren y explicó extensamente por qué, sin lograr poner las cosas en claro. El doctor escuchaba sonriente. —En fin, ya estáis aquí —dijo—. Y esto es lo que importa. Acababa de dirigir a Elena un saludo en silencio. Por un momento su mirada se fijó en Juana; luego, turbado, volvió la cabeza. La pequeña había sostenido su mirada seriamente y, con un gesto instintivo, tiró con sus manos del traje de su madre, atrayéndola hacia sí. — ¡Ah, qué hombrachón! —repetía el doctor, que había levantado a Luciano en brazos y le estaba besando en las mejillas—. Crece que da gusto verle. —Bueno, ¿y de mí no se acuerda nadie? —dijo Julieta. Adelantaba la cabeza. Entonces él no soltó a Luciano, sino que le mantuvo en un brazo, inclinándose para besar igualmente a su mujer. Los tres se sonreían. Elena, muy pálida, habló de subir de nuevo. Pero Juana se negó: quería ver, su mirada lenta se detenía en los Deberle y luego volvía hacia su madre. Cuando Julieta había ofrecido los labios al beso de su marido, una llama se había encendido en los ojos de la niña. —Pesa demasiado —prosiguió el doctor poniendo a Luciano en el suelo—.

Entonces, ¿la temporada estuvo bien?... Ayer vi a Malignon y me dio detalles sobre su estancia allí... ¿Cómo le dejaste que se fuera antes que vosotros? — ¡Oh, no hay quien le aguante! —murmuró Julieta, que se puso seria con un gesto de turbación—. No paró de hacernos rabiar. —Tu padre esperaba por Paulina... ¿Nuestro hombre no se ha declarado? — ¿Quién? ¿Él? ¡Malignon! —exclamó sorprendida y casi ofendida—. Luego hizo un ademán de aburrimento.— ¡Oh, déjale; está chalado!... ¡Qué contenta estoy de estar en casa! Sin transición aparente, tuvo una de estas efusiones que sorprendían con sus maneras de chorlito encantador. Se apretó contra su marido y levantó la cabeza. Él, indulgente y tierno, la tuvo un instante entre sus brazos. Parecían haber olvidado que no estaban solos. Juana no los perdía de vista. La cólera hacía temblar sus descoloridos labios, y tenía toda la apariencia de una mujer celosa y mala. El dolor que sentía era tan fuerte, que tuvo que apartar los ojos. Fue en este momento cuando distinguió en el fondo del jardín a Rosalía y Ceferino, que seguían buscando perejil. Seguramente para no molestar, se habían apartado hacia lo más espeso de los macizos, agachados uno y otro. Ceferino, taimadamente, había cogido un pie de Rosalía, mientras ésta, sin decir palabra, le estaba dando pescozones. Juana, entre dos ramas, veía la cara del soldadito, una luna bonachona, muy roja y estallando en una risa enamorada. Hubo un empujón y el soldadito y la criada rodaron tras las matas. El sol caía a plomo, los árboles dormían en el cálido aire, sin que se moviera una hoja. De debajo de los olmos llegaba un olor, el olor graso de la tierra que la azada no removía jamás. Lentamente, las últimas rosas de color de té dejaban que sus pétalos, uno a uno, llovieran sobre el césped. Entonces Juana, con el pecho oprimido, dirigió los ojos hacia su madre y, encontrándola inmóvil y muda ante lo que estaba ocurriendo, tuvo para ella una mirada de suprema angustia, una de esas miradas profundas de los niños que uno no se atreve a interpretar. Entretanto la señora Deberle se había acercado diciendo: —Confío en que vamos a vernos... Puesto que Juana se encuentra bien aquí, tiene que bajar todas las tardes. Elena buscaba una excusa, pretextando que no quería que se fatigase demasiado. Pero Juana intervino rápida: —No, no, el sol es muy agradable... Bajaremos, señora. Me guardará usted el puesto, ¿verdad? Y, como el doctor permanecía apartado, ella le sonrió. —Doctor, dígame a mamá que el aire no me hace ningún daño. Se adelantó y este hombre acostumbrado al dolor humano enrojeció ligeramente porque esta niña le hablaba con dulzura. —No cabe duda de que el aire libre puede adelantar la convalecencia. — ¡Ah!, ya lo ves, madrecita, tendremos que venir —dijo dirigiéndole una adorable mirada de ternura en tanto que las lágrimas la sofocaban. Pedro había reaparecido en la escalinata: los diecisiete bultos de la señora ya estaban dentro. Julieta, seguida de su marido y de Luciano, escapó diciendo que iba tan sucia que daba miedo y que se iba a tomar un baño. Cuando estuvieron solas, Elena se arrodilló sobre la manta como para anudar el chal alrededor del cuello de Juana. Luego, bajando la voz: —Entonces, ¿ya no estás enfadada con el doctor? La niña hizo un amplio gesto con la cabeza. —No, mamá. Hubo un silencio. Elena, con manos temblorosas y torpes, parecía no acertar al querer estrecharle el nudo del chal. Entonces Juana, murmuró: — ¿Por qué quiere a otros?... Yo no quiero... La mirada de sus ojos negros se hizo dura, mientras sus pequeñas manos, extendidas, acariciaban los hombros de su madre. Esta quiso replicar; pero tenía miedo de las palabras que acudían a sus labios. El sol descendía y las dos subieron a su casa. Entre tanto, Ceferino había reaparecido con un puñado de perejil en la mano, que iba limpiando, echando a Rosalía miradas asesinas. La criada, a distancia, no se confiaba, ahora que no había nadie; y como él le pellizcara en el momento en que se agachaba para recoger la manta, le dio un puñetazo en la espalda, que resonó como un tonel vacío. Esto le satisfizo y todavía seguía riéndose por dentro cuando entró en la cocina sin dejar de limpiar su perejil. A partir de aquel día, Juana se obstinó en bajar al jardín en cuanto oía la voz de la señora Deberle. Escuchaba ávidamente los chismes de Rosalía sobre el hotelito vecino, sentía curiosidad por saber la vida que se hacía en él, y a veces, escapándose de su dormitorio, se iba a la cocina para curiosear por sí misma desde la ventana. Abajo, hundida en el pequeño sillón que Julieta le hacía traer del salón, parecía vigilar a la familia y era reservada con Luciano cuyas preguntas y juegos la impacientaban sobre todo cuando estaba el doctor. Entonces, se tendía como si estuviese fatigada y, con los ojos abiertos, seguía observando. Para Elena, estas tardes constituían un gran sufrimiento. A pesar de ello, volvía, volvía pese a la rebelión de todo su ser. Cada vez que Enrique, a su regreso, ponía un beso en los cabellos de Julieta, le daba un salto el corazón. En estas ocasiones, si para ocultar su rostro turbado, simulaba ocuparse de Juana, encontraba a la niña más pálida que ella, sus grandes ojos negros abiertos, la barbilla convulsa por una rabia contenida. Juana sufría sus angustias. Los días en que su madre, agotada, agonizando de amor, desviaba la mirada, ella misma se sentía tan triste y rota, que había que subir y acostarla. No podía ver que el doctor se acercara a su esposa sin cambiar de cara, y le perseguía con una mirada inflamada y trémula de amante traicionada. —Por las mañanas, toso —le dijo un día—. Tiene usted que venir para verlo. Vinieron las lluvias y Juana quiso que el doctor volviese a visitarlas pese a que se sentía mucho mejor. Su madre, para complacerla, tuvo que aceptar dos o tres almuerzos en casa de los Deberle. La niña, con el corazón destrozado durante largo tiempo en una lucha extraña, pareció tranquilizarse cuando su salud estuvo completamente restablecida. Y repetía su pregunta: —

¿Eres feliz, madrecita? —Sí, muy feliz, querida. Entonces se ponía radiante. Había que perdonarle sus pasadas terquedades, de las que hablaba como de un ataque independiente de su voluntad, como de un dolor de cabeza que le hubiese dado de pronto. Era algo que se le hinchaba por dentro, pero no sabía qué. En su cabeza se debatían toda clase de pensamientos, ideas raras, sueños feos que no sabría ni como explicar. Pero ahora ya había pasado: se estaba curando y aquello no volvería jamás. TERCERA PARTE. Capítulo Quinto. Estaba anocheciendo. Del pálido cielo, en el que brillaban las primeras estrellas, parecía como si lloviera una fina ceniza sobre la gran ciudad, a la que iba sepultando lentamente, sin descanso. Grandes masas de sombras llenaban ya las hondonadas, en tanto que una ola de tinta iba subiendo desde el fondo del horizonte, devorando los restos del día y las luces vacilantes se retiraban hacia poniente. Debajo de Passy quedaban tan sólo algunas hileras de tejados que todavía se podían distinguir. La ola subió y todo fueron tinieblas. — ¡Qué calor hace esta noche! —murmuró Elena sentada delante de la ventana, languideciendo bajo el aire tibio que París le enviaba. —Buena noche para los pobres —dijo el abate, que estaba de pie tras ella—. El otoño será suave. Aquel martes, Juana se había adormilado a los postres y su madre, viéndola un poco cansada, la acostó. Dormía ya en su camita en tanto que sobre el velador el señor Rambaud se aplicaba con la mayor formalidad en reparar un juguete, una muñeca mecánica que andaba y hablaba, que él le había regalado y ella había roto; tenía mucha maña para esta clase de trabajos. A Elena le faltaba aire, sufría con estos últimos calores de septiembre y acababa de abrir la ventana de par en par, aliviada con este mar de sombras, esta inmensidad negra que se extendía frente a ella. Había empujado un sillón para estar sola y le sorprendió oír la voz del sacerdote, que siguió lentamente: — ¿Ha tapado bien a la niña?... A esta altura, el aire es siempre fresco. Ella, cediendo a un deseo de silencio, no contestó. Le gustaba saborear el encanto del crepúsculo, la última desaparición de las cosas, el adormecimiento de los ruidos. Una luz tenue ardía en la punta de las flechas y de las torres... San Agustín fue el primero en extinguirse; el Panteón, por un momento, mantuvo un tono azulado; la cúpula centelleante de los Inválidos se acostó como una luna en una marea creciente de nubarrones. Era el océano, la noche, extendiéndose desde el fondo de las tinieblas, un abismo de oscuridad en el que se adivinaba un mundo. Un soplo enorme y dulce venía de la ciudad invisible. El son prolongado del eco traía todavía algunos sonos debilitados y distintos: el brusco rodar de un ómnibus en el muelle, el silbido de un tren cruzando el puente del Point-du-Jour; y el Sena, acrecentado por las últimas tormentas, pasaba muy ancho con la respiración fuerte de un ser vivo, extendido abajo en un pliegue de sombra. Un olor caliente humeaba de los tejados todavía ardientes, mientras que el río ponía en esta exhalación lenta de los ardores del día, pequeños soplos de frescor. París, desaparecido, aparentaba el mismo reposo soñador de un coloso que permite que le envuelva la noche y se queda ahí, por un momento, inmóvil y con los ojos abiertos. Nada conmovía tanto a Elena, como este minuto de descanso en la vida de la ciudad. Hacía tres meses que no salía, inmovilizada junto al lecho de Juana y no había tenido otro compañero para velar a la cabecera de la enferma que este gran París extendido hasta el horizonte. Con los calores de julio y agosto las ventanas quedaban casi siempre abiertas, de manera que no podía cruzar la estancia, moverse o volver la cabeza, sin verle junto a ella, desarrollando su eterno cuadro. Estaba allí permanentemente, metiéndose de por medio en sus dolores y sus esperanzas como un amigo que se impone. Seguía ignorándole, jamás había estado tan alejada de él, ni más despreocupada de sus calles y de su pueblo; y era él quien llenaba su soledad. Estos pocos pies cuadrados, esta habitación de sufrimiento de la que cerraba tan cuidadosamente la puerta, se abría ampliamente a él por sus dos ventanas. Muy a menudo había llorado mirándole, cuando venía a apoyarse en él con sus codos, para ocultar sus lágrimas a la enferma; un día, el día en que la había creído perdida, había permanecido largo tiempo, sofocada, ahogada, siguiendo con los ojos los humos de la Manutención, que subían en el aire. A menudo también, en las horas de esperanza, había confiado la alegría de su corazón a las lejanías perdidas de los arrabales. No había un solo monumento que no le recordase una emoción triste o alegre. París vivía de su existencia. Pero jamás le quería tanto como en el crepúsculo, cuando terminado el día, le veía ceder a un cuarto de hora de reposo, de olvido y de ensueño, esperando a que el gas fuese encendido. — ¡Cuántas estrellas! —murmuró el reverendo Jouve—. Lucen por millares. Acababa de coger una silla y de sentarse junto a ella. Entonces Elena levantó el rostro mirando aquel cielo de verano. Las constelaciones fijaban sus clavos de oro. Un planeta, casi al raso del horizonte, lucía como un carbúnculo, mientras que una polvareda de estrellas casi invisibles enarenaba la bóveda como con un chisporroteo de lentejuelas. El Carro, lentamente, daba la vuelta con la lanza en alto. —Mire —dijo ella a su vez— : esta estrella azul, en este rincón del cielo, la encuentro todas las noches... Pero se va, retrocede cada noche. Ahora el sacerdote no la molestaba. Le sentía a su lado como un gaje más de paz. Cruzaban algunas palabras espaciadas de largos silencios. Por dos veces, le interrogó sobre el nombre de las estrellas; la visión del cielo siempre le había atormentado; pero él dudaba, no estaba seguro. — ¿Ve usted — preguntaba — esta bonita estrella que tiene un destello tan puro? —A la izquierda, ¿no es eso? —decía él—, junto a otra menos grande de un color verdoso... Hay demasiadas, lo he olvidado. Se callaron, con los ojos siempre

levantados, deslumbrados y sobrecogidos por un leve estremecimiento ante este hornigueo de astros que se agrandaba. Tras millares de estrellas aparecían otros millares, y esto sin parar, en las profundidades infinitas del cielo. Era como una continua floración, una brasa atizada de mundos ardiendo con el fuego tranquilo de las pedreras. La vía láctea blanqueaba ya, mostrando sus átomos de sol, tan innumerables y tan lejanos, que en la redondez del firmamento parecía sólo una cinta de luz. —Me da miedo —dijo Elena en voz baja. Bajó la cabeza para no ver más y dirigió sus miradas al vacío abierto en el que París parecía haberse hundido. Allí no había todavía ni una sola luz y la noche completa parecía igualmente extendida: todo era una ceguera de tinieblas. La voz fuerte y profunda había adquirido una más tierna suavidad. —¿Llora usted? —preguntó el sacerdote, que acababa de oír un sollozo. —Sí —respondió simplemente Elena. Ya no se veían. Ella lloraba abundantemente, con un murmullo que agitaba todo su ser. Mientras tanto, tras ellos, Juana descansaba en la calma inocente de su sueño, mientras el señor Rambaud, absorto, inclinaba su cabeza entrecana por encima de la muñeca, a la que había desmontado los miembros. A veces dejaba escapar el ruido seco de los resortes que se soltaban, y los infantiles balbuceos que sus gruesos dedos arrancaban lo más dulcemente posible del mecanismo estropeado. Cuando la muñeca habló demasiado fuerte, paró en seco, inquieto y enojado, mirando si no había despertado a Juana. Luego volvió a su reparación con mayor precaución, no disponiendo de más herramientas que de unas tijeras y un punzón. —¿Por qué llora usted, hija mía? —replicó el sacerdote—. ¿No puedo procurarle ningún alivio? —¡Oh, déjeme! —murmuró Elena—; estas lágrimas me hacen bien. Más tarde, más tarde... Se ahogaba demasiado para poder responder. Ya otra vez, en este mismo sitio, una crisis de llanto la había destrozado; pero estaba sola, había podido sollozar en las tinieblas, desfallecida, esperando que el venero de la emoción que la anegaba se agotase. Sin embargo, no tenía ningún motivo para apenarse: su hija estaba salvada, ella misma había recobrado el ritmo monótono y placentero de su existencia. Pero de pronto le había invadido el sentimiento punzante de un inmenso dolor, de un vacío insondable que no colmaría jamás, de una desesperación sin límites en la que naufragaba con todos aquellos que le eran queridos. No sabría decir qué desgracia la amenazaba de este modo; había perdido la esperanza y solamente podía llorar. Ya, en la iglesia perfumada con las flores del mes de María, había experimentado enterrecimientos parecidos. El vasto horizonte de París, al crepúsculo, la conmovía con una profunda impresión religiosa. La llanura parecía extenderse más y, de estos dos millones de existencias que se desvanecían, parecía nacer algo melancólico. Luego, en plena oscuridad, cuando la ciudad se había desvanecido con sus ruidos apagados, su oprimido corazón estallaba, sus lágrimas se desbordaban ante aquella soberana paz. Habría juntado las manos y balbuceado oraciones. Una necesidad de fe, de amor, de aniquilamiento divino, le causaban un gran estremecimiento. Y era entonces cuando el despuntar de las estrellas la trastornaban con un goce y un terror sagrados. Al cabo de un largo silencio, el reverendo Jouve insistió: —Hija mía, tiene usted que confiarse a mí. ¿Por qué duda usted? Ella lloraba todavía, pero con una dulzura infantil, como fatigada y sin fuerzas. —La iglesia la asusta —siguió el religioso—. Por un momento creía que Dios la había conquistado. Pero no ha sido así. El cielo tiene sus designios... ¡Bien!, puesto que usted desconfía del sacerdote, ¿por qué rehúsa usted por más tiempo una confianza al amigo? —Tiene usted razón —balbuceó ella—; sí, estoy afligida y tengo necesidad de usted... He de confesarle ciertas cosas. Cuando era pequeña, no entraba mucho en las iglesias; ahora no puedo asistir a una ceremonia sin sentirme profundamente turbada... Y ahí tiene usted: hace un momento, lo que me ha hecho sollozar ha sido esta voz de París que se parece al rugir del órgano, esta inmensidad de la noche, esta hermosura del cielo... Ah, ¡cómo quisiera creer! Ayúdeme, enséñeme. El abate Jouve la tranquilizó poniendo ligeramente una mano sobre las suyas. —Dígame todo —respondió sencillamente. Ella se debatió un instante, llena de angustia. —No tengo nada, se lo juro... No le escondo nada... Lloro sin motivo porque me ahogo, porque las lágrimas salen solas... Usted conoce mi vida. A estas horas, no encuentro en ella ni una tristeza, ni una falta, ni un remordimiento... Y yo no sé, no sé... Su voz se extinguió. Entonces el sacerdote dejó caer lentamente estas palabras: —Usted ama, hija mía. Ella se estremeció y no osó protestar. El silencio comenzó de nuevo. En el mar de tinieblas que dormía ante ellos, una chispa había lucido. Había sido a sus pies, en algún sitio de aquel abismo, en un lugar que no habría podido precisar. Y, una a una, otras chispas aparecieron. Nacían en la noche con un brusco sobresalto, de pronto, y quedaban fijas, centelleantes, como estrellas. Parecía como si fuese una nueva aurora de astros, en la superficie de un sombrío lago. Pronto dibujaron una doble línea que partía del Trocadero y se iba hacia París, con ligeros saltos de luces; después, otras líneas de puntos luminosos cortaron ésta, unas curvas se iniciaron, una constelación se ensanchó, extraña y magnífica. Elena seguía sin hablar, recorriendo con su mirada estos resplandores, cuyos fuegos hacían que el cielo continuase por debajo del horizonte. Sintió de nuevo la emoción que la había trastornado unos minutos antes, cuando el Carro se había puesto a dar vueltas lentamente alrededor del eje del polo, con la lanza en alto. París, a medida que se iluminaba, iba extendiéndose melancólico y profundo, aportando los sueños aterradores de un firmamento en el que pululan los mundos. Mientras tanto, el sacerdote, con esta voz

monótona y dulce que le daba la costumbre del confesionario, cuchicheaba largamente en su oído. Ya le había advertido cierta tarde al decirle que la soledad no le convenía. Nadie se aparta impunemente de la vida corriente. Ella se había encerrado demasiado, abriendo así la puerta a las fantasías peligrosas. —Soy muy viejo, hija mía — murmuró—, y he visto a menudo a las mujeres acudiendo a nosotros con lágrimas, con súplicas, con una necesidad de creer y de hincarse de rodillas... De modo que, hoy día, es difícil que me equivoque. Estas mujeres que parece que busquen a Dios con tanto ardor no son más que pobres corazones turbados por la pasión. Es a un hombre a quien adoran en nuestras iglesias... —Pues bien, ¡sí!, amo... Esto es todo. Aparte de esto, no sé nada, nada... Ahora él evitaba interrumpirla. Agitada por la fiebre, hablaba con frases cortas; sentía un placer amargo confesando su amor, compartiendo con aquel anciano este secreto que la ahogaba desde hacía tanto tiempo. —Le juro que no puedo leer en mí... Esto ha ocurrido sin que yo me diera cuenta, como de golpe, tal vez... No obstante, sólo a lo largo sentí su dulzura... Después de todo, ¿por qué fingirme más fuerte de lo que soy? No intenté escapar porque me hacía demasiado feliz; hoy, todavía tengo menos valor... Vea usted: mi hija ha estado enferma, he estado a punto de perderla; pues bien, mi amor ha sido tan profundo como mi dolor, ha vuelto con todo su poder después de estos días terribles, se ha apoderado de mí y estoy en sus manos. —Tomó aliento, temblorosa.— En fin, ya no me quedan fuerzas... Tenía usted razón, amigo mío: me tranquiliza confiarle estas cosas... Pero, se lo ruego, dígame qué es lo que ocurre en el fondo de mi corazón. Yo estaba tranquila y me sentía feliz. Fue como un flechazo en mi vida. ¿Por qué a mí? ¿Por qué no a otra? Yo no había hecho nada para esto y me creía bien protegida. ¿Si usted supiera! ¿Yo misma no me reconozco!... ¡Ah, ayúdeme, sálveme! Viendo que se callaba, el sacerdote, maquinalmente, con su acostumbrada libertad de confesor, interrogó: —Su nombre, dígame su nombre... Elena vacilaba, cuando un ruido particular le hizo volver la cabeza. Era la muñeca, la cual, entre las manos del señor Rambaud, recobraba un poco de su vida mecánica; acababa de dar tres pasos sobre el velador con un chirriar de los engranajes que funcionaban mal todavía; luego se había caído de espaldas y, si no fuera por el bueno del señor Rambaud, hubiera ido a parar al suelo. Pero él la seguía, con las manos extendidas, dispuesto a ayudarla, lleno de una ansiedad paternal. Cuando vio a Elena que se volvía, le dirigió una sonrisa confiada, como prometiéndole que la muñeca acabaría por andar. Y se puso a hurgar de nuevo en el juguete con sus tijeras y su punzón. Juana dormía. Entonces Elena, tranquilizada por este ambiente de paz, murmuró un nombre al oído del sacerdote. Este no se inmutó. En la sombra no se podía ver su cara. Después de un silencio, habló: —Ya lo sabía; pero quería recibir su confesión... Hija mía, debe de sufrir usted mucho. No pronunció ninguna frase trivial sobre los deberes. Elena, aniquilada, triste hasta morir por esta compasión serena del sacerdote, seguía de nuevo las chispas que, como lentejuelas de oro, iban apareciendo en el manto sombrío de París. Se multiplicaban hasta el infinito. Eran como esos fuegos que corren entre las cenizas negras de un papel quemado. Primero, estos puntos luminosos habían partido del Trocadero, yendo hacia el corazón de la ciudad. Pronto apareció otro foco hacia la izquierda, hacia Montmartre; después otro a la derecha, tras de los Inválidos, y todavía otro, más atrás, al lado del Panteón. De todos estos focos descendía un vuelo de pequeñas llamas. —Usted se acordará de nuestra conversación —prosiguió el sacerdote lentamente—; y mi opinión no ha cambiado... Es necesario que se case usted, hija mía. — ¡Yo! —exclamó ella abrumada—. Pero si acabo de confesarle... Usted sabe que no me es posible. —Tiene usted que casarse —repitió con más fuerza—. Se casará usted con un hombre honrado... Parecía haber crecido con su vieja sotana. Su gran cabeza ridícula, que se inclinaba ordinariamente sobre uno de sus hombros, con los ojos medio cerrados, se alzaba, y sus miradas eran tan amplias y tan claras, que ella las veía relucir en la noche. —Se casará usted, hija mía, con un hombre honrado, que será un padre para Juana y que le devolverá a usted toda su lealtad. —Pero si no le quiero... ¡Dios mío!, no le quiero... —Le amará usted... Él la quiere y es bueno. Elena se debatía, bajando la voz, oyendo el ligero ruido que el señor Rambaud hacía tras ellos. Era tan paciente y se sentía tan fuerte en su esperanza, que desde hacía seis meses no la había importunado ni una sola vez hablándole de su amor. Esperaba con una tranquilidad confiada, naturalmente dispuesto a las más heroicas abnegaciones. El sacerdote se movió como si quisiera volverse. — ¿Quiere usted que se lo cuente todo?... Él le tenderá la mano y la salvará. Y usted le colmará de una satisfacción inmensa. Ella le detuvo, desesperada. Su corazón se rebelaba. Los dos la asustaban; estos hombres tan serenos, tan tiernos, cuyo razonamiento podía mantener su frialdad al lado de la fiebre de la pasión. ¿En qué mundo vivían para poder negar así aquello que tanto la hacía sufrir? El sacerdote, con un amplio ademán de la mano, le mostraba los anchos espacios. —Hija mía, contemple esta hermosa noche, esta suprema paz, frente a su agitación... ¿Por qué se niega a ser feliz? París entero estaba iluminado. Las pequeñas llamas danzantes habían acribillado aquel mar de tinieblas de uno a otro extremo del horizonte y ahora, sus millones de estrellas ardían con un fijo resplandor en la serenidad de la noche de verano. Ningún soplo de aire, ningún temblor, azoraba aquellas luces que parecían como suspendidas en el espacio. París, invisible, había retrocedido hasta el fondo del infinito, tan vasto como un firmamento. Sin embargo, en la parte baja de las pendientes

del Trocadero, el fulgor rápido de los faroles de un coche o de un ómnibus, cortaba la sombra con el trazo continuo de una estrella fugaz, y allí, en el centelleo de los mecheros de gas que desprendían como un vaho amarillo, se distinguían vagamente unas fachadas confusas, unos macizos de árboles, de un verde crudo de decorado. Sobre el puente de los Inválidos, las estrellas se cruzaban sin parar; mientras que por debajo, a lo largo de una cinta de tinieblas más espesas, se destacaba un prodigio, una banda de cometas cuyas colas de oro se alargaban como una lluvia de centellas; eran, en las aguas negras del Sena, las reverberaciones de los faroles del puente. Pero más allá, comenzaba lo desconocido. La extensa curva del río estaba indicada por un doble cordón de luces de gas al que se unían otros cordones de trecho en trecho; se diría una escala de luz, lanzada a través de París, cuyos dos extremos se apoyaran en las estrellas del cielo. A la izquierda, otra brecha descendía; los Campos Elíseos marcaban un desfile regular de astros, del Arco de Triunfo a la plaza de la Concordia, donde brillaba el chisporroteo de una pléyade; luego, las Tullerías, el Louvre, los grupos de casas al borde del río, el Hôtel-de-Ville al fondo, formaban unos trazos sombríos, separados de vez en cuando por el cuadro luminoso de una gran plaza; y más lejos, en la dispersión de los tejados, las luces se esparcían, sin que se pudiese distinguir otra cosa que el hundimiento de una calle, el recodo de un bulevar, el ensanchamiento de una plazuela incendiada. Sobre la otra orilla, a la derecha, sólo la Explanada se dibujaba claramente, con su rectángulo de llamas, semejante a algún Orión de las noches de invierno que hubiese perdido su tahalí; las largas calles del barrio de Saint-Germain espaciaban sus luces tristes; más lejos, los barrios populosos, braseros encendidos de pequeños fuegos apretados, lucían en una confusión de nebulosa. Hasta en los arrabales y alrededor del horizonte, había como un hormiguelo de mecheros de gas y de ventanas iluminadas, que eran como una polvareda luminosa que llenaba las lejanías de la ciudad con esas miríadas de soles, de estos átomos planetarios que el ojo humano no puede descubrir. Por momentos se hubiese podido pensar en una fiesta gigante en un monumento ciclópeo iluminado, con sus escaleras, sus rampas, sus ventanas, sus frontones, sus terrazas, su mundo de piedra, cuyas líneas de farolillos marcaban con sus trazos fosforescentes, la rara y enorme arquitectura. Pero la sensación que dominaba era la de un nacimiento de constelaciones, de un engrandecimiento continuo del cielo. Elena, siguiendo el amplio ademán del sacerdote, había paseado sobre París iluminado una amplia mirada. También allí ignoraba el nombre de las estrellas. Hubiese querido preguntar qué era aquella luz resplandeciente que estaba a lo lejos, hacia la izquierda y que miraba todas las noches. También había otras que le interesaban. Las había que le gustaban, mientras que había otras que la dejaban inquieta y enojada. —Padre —dijo, empleando por primera vez este nombre cariñoso y respetuoso—, déjeme vivir. Es la belleza de esta noche lo que me tiene agitada... Se engaña usted; es imposible que me pueda usted prestar consuelo ahora, puesto que no puede comprenderme. El sacerdote abrió los brazos y luego los dejó caer con una lentitud resignada. Después de un silencio, le habló en voz baja. —No cabe duda de que tenía que ser así... Pide usted socorro, pero no quiere que la salven. ¡Qué cantidad de confesiones desesperadas he recibido y qué cantidad de lágrimas no he podido evitar!... Óigame hija mía, prométame una cosa tan sólo: si alguna vez la vida se hace demasiado pesada para usted, piense que hay un hombre que la quiere que la espera... no tendrá usted más que poner su mano en la suya para encontrar de nuevo la tranquilidad. —Se lo prometo —contestó Elena con gravedad. Y en el mismo momento en que ella hacía este juramento hubo en la habitación una ligera risa. Era Juana, que acababa de despertarse y miraba su muñeca cancanando encima del velador. El señor Rambaud, encantado de su reparación, seguía tendiendo las manos, temeroso de algún accidente. Pero la muñeca era sólida; pisaba fuerte con sus taconcitos, y volvía la cabeza soltando a cada paso las mismas palabras con voz de cotorra. — ¡Oh, vaya jugada! —murmuró Juana, todavía medio dormida—. Dime: ¿qué le has hecho? Estaba rota y vuelve a estar viva... Dámela un momento, déjame ver. Eres demasiado amable... Entre tanto, por encima de París, encendido, descendía una nube luminosa. Hubiérase dicho el rojo hálito de una hoguera. De momento fue tan sólo una amarillez en la noche, un reflejo apenas sensible; luego, poco a poco, a medida que la noche avanzaba, se hizo sangrienta; y suspendida en el aire, inmóvil por encima de la ciudad, formada por todas las llamas y por toda la vida rugiente que se exhalaba de ella, era como una de estas nubes de rayos y de incendios que coronan la boca de los volcanes. (*hayward hall Philadelphia university*).



**Audiolibro Una P Gina De Amor**  
**Mile Zola Tercera Parte**

**>>>Haga Clic Aquí<<<**

**<https://Ensayo.icu>**